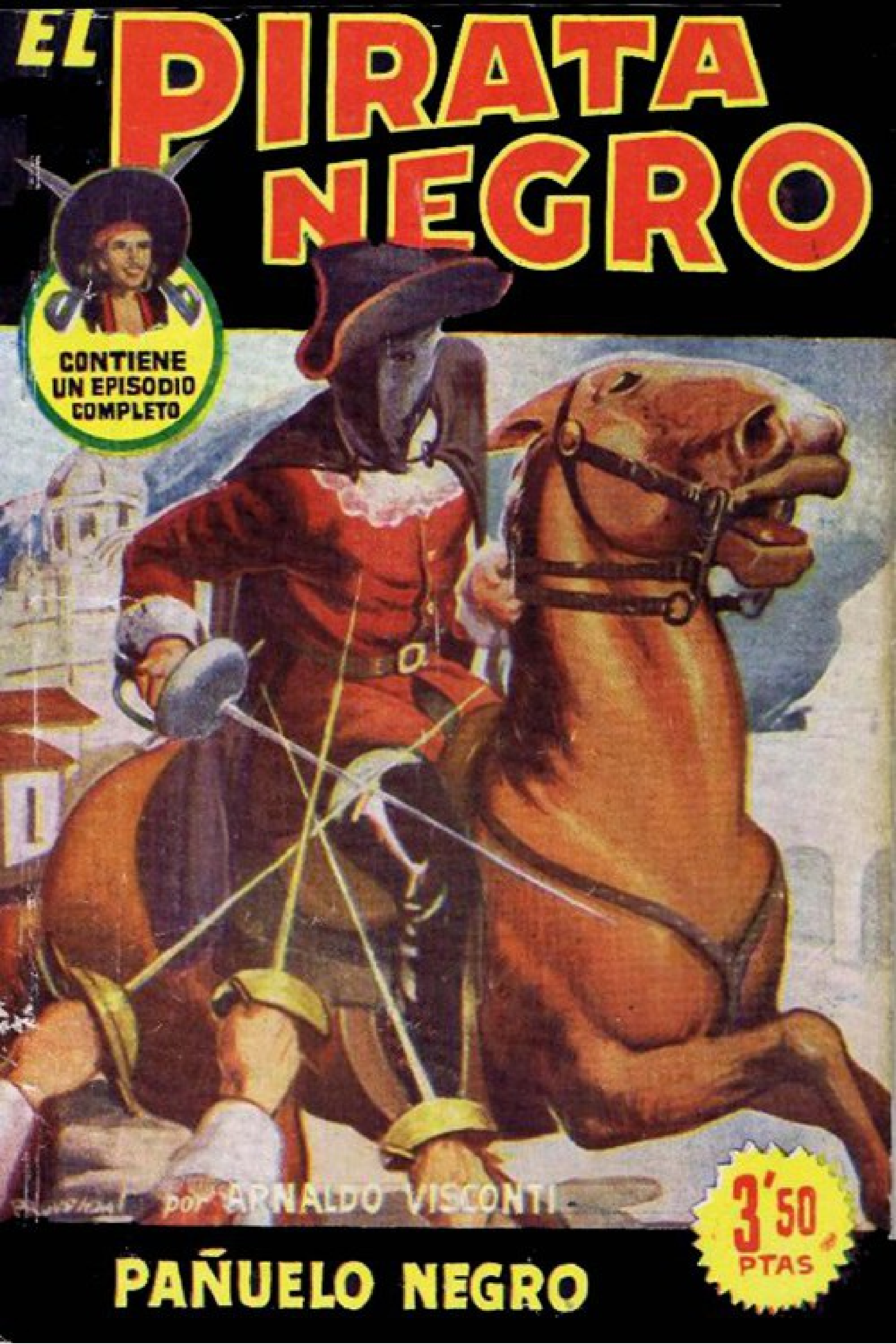
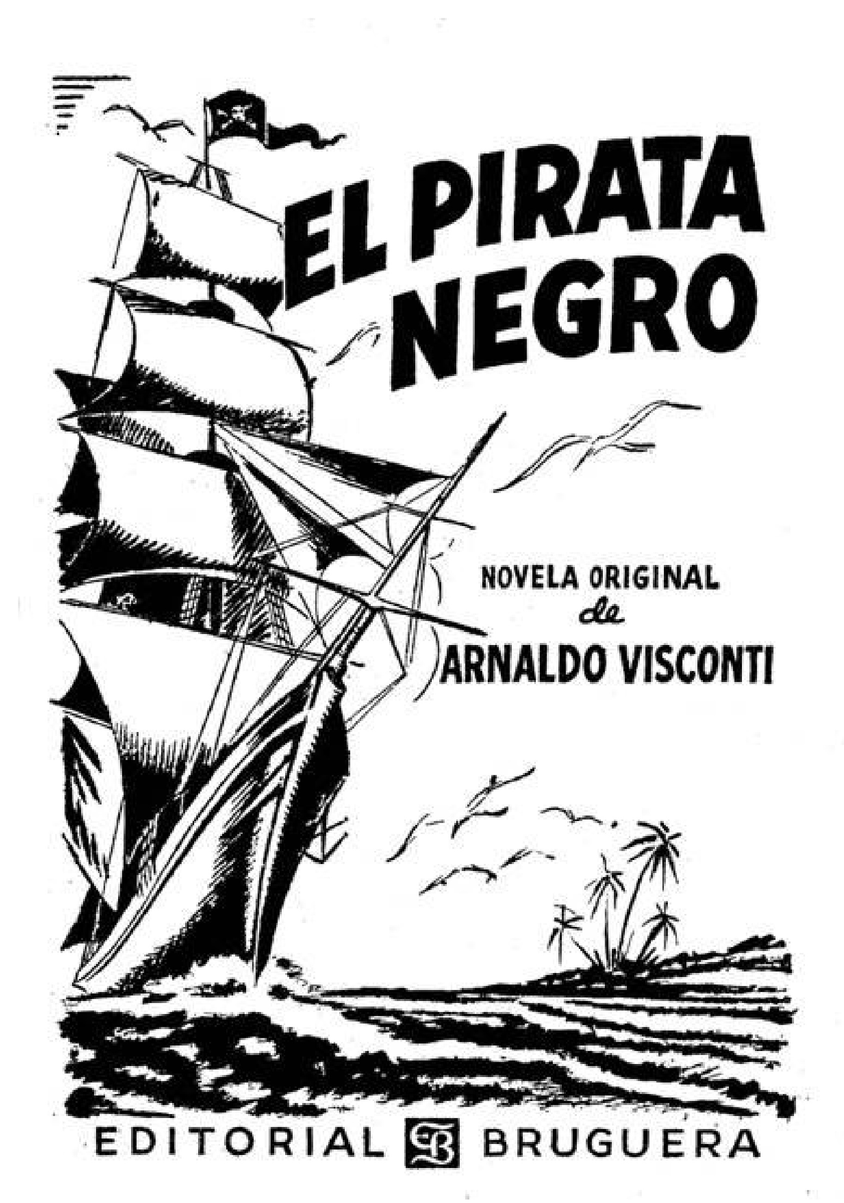

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
por ARNALDO VISCONTI
3'50 PTAS
PAÑUELO NEGRO


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Pañuelo Negro

Colección El Pirata Negro n.° 75

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


PAÑUELO NEGRO

CAPÍTULO PRIMERO

Embrollo

Maese, Alfredo Huarte aseguró sobre su nariz las gruesas antiparras, mientras leía las primeras pruebas, recientemente impresas, de su gaceta “La Voz del Hurón”.

Era la tercera gaceta que dirigía en la América Meridional, y en ésta, como en las demás, floreado por guirnaldas de adorno, capeaba el lema:

"Fustigar el vicio y la hipocresía allá donde se ocultes.”

Pero si en Puerto Colombia y en Santa Fe de Bogotá había hallado eficaces auxiliares, dejando a sus iniciativas la continuación de la labor emprendida, aquí, en la ciudad virreinal de Latacunga, aunque estimaba eficacísima la colaboración de su espontáneo ayudante, también le temía.

Y echó una mirada de reojo hacia el fondo de la larga sala, donde se hallaban las máquinas y una mesita tras la que un pelirrojo, en alto la larga pluma, reíase divertido, leyendo sus propios escritos.

Acercóse maese Huarte. Era partidario de atacar “allá donde se ocultasen el vicio y la hipocresía”..., pero con ciertas limitaciones.

Tosió vacilante, con reparo.

—¿Qué hay, maese?—sonrió Lucientes.

—Sois magnífico colaborador, señor Lucientes..., y no os quisiera perder tempranamente. Pronto sabrán quién es Genoveva Lirio, y... esta crónica que habéis firmado hoy es asaz, asaz dura.

—Fustigar, fustiguemos, fustíguense y fastídiense los que fastidian a los demás.

—Pero... la persona que hoy atacáis..., no por alta, sino por

peligrosa, puede hacer que sea suprimida “La Voz del Hurón”.

—Si tal ocurriera, no habría justicia. Y así se lo diría al propio Virrey.

—Es que me temo, que, al ser leído esto, el propio virrey, de un plumazo, decrete la prohibición de continuar nuestra labor.

—No es libelo. Tengo pruebas.

—¡Ah!...—Y respiró Alfredo Huarte. —¡Entonces, fustiguemos!—añadió aliviado—. Por unos instantes temí que os sirvierais tan sólo do rumoras faltos de mucha base.

—No os apuréis, maese. Podré, cuando hablo, parecer poco dotado de sensatez, pero si escribo, considero atentamente mis razonamientos.

Cada vez que la puerta do la larga sala abríase, empujada por recia mano, temblaba maese Huarte, esperando ver la amenazadora figura de un espadachín, o de varios esbirros, acudiendo a apalear a la persona que firmaría Genoveva Lirio, y dispuestos a destrozar los enseres que componían el material de trabajo.

Respiró a medias, tranquilizado, cuando vio que quien entraba, al filo del mediodía, era el conde Ferblanc, el flamante coronel del Tercer Tercio.

Y por prudente discreción, después de saludar al recién llegado, abandonó la estancia, que olía a tintas y papeles impresos. No quería ni había sido invitado a oír ajenas conversaciones, y más si ésta había de tener lugar entre dos amigos íntimos.



—Palma en alto y seráfica la faz, proclamó...

Además, tenía barruntos de que iba a hablarse del misterioso personaje que desde primeras horas de aquel día de julio del 1723, era ya objeto de comentarios en toda la ciudad virreinal de Latacunga.

Diego Lucientes, lo mismo que el Pirata Negro, captaba con singular maestría, nacida de la experiencia, los distintos estados de ánimo de su amigo.

No cesó por eso de ostentar un semblante risueño, al sentarse el Pirata Negro ante él, con deliberada brusquedad.

—Muy buenas mañanas, coronel Lezama. ¿A qué debo el honor de tu visita, camino del hogar?

—Vamos a ir por partes, "Genoveva". Te notifico que no estoy de buen talante, aunque tengo la certeza de que ya te habrás dado perfecta cuenta de ello.

—Tus melenas me parecen alborotadas, como si vientos tempestuosos soplaran, pero, por esta vez, me considero inocente de toda culpa. Por lo tanto, deduzco que vienes a consultarme. Gran honor, inmenso honor.

—Desde que se nos ocurrió la peregrina idea de que, ayudando a maese Huarte, firmaras con el nombre de Genoveva Lirio unas crónicas hirientes y audaces, me temo que le has cogido gusto a la

doble vida, y a la doble personalidad. Siempre te gustó el embrollo. ¿Piensas negarlo?

—Palma en alto, y seráfica la faz, proclamo que el embrollar me despepita, me descuajeringa y me refocila.

—No está el horno para chungas, don Diego. ¿Quién es “Pañuelo Negro”?

Abrió extremadamente los ojos el madrileño, en voluntario desorbitamiento exagerado. Y con evidente sorna, replicó en eco:

—¿Quién es “Pañuelo Negro”?

—No te hagas el angelito. Tú sabes lo sucedido.

—Obligación es de gacetillero que se precie, estar al corriente de novedades, y si la que citas está ya recorriendo mercados, fuentes y cocinas, lógico es que la sepa. Yo, como todos, sé que el capitán Luis Vergara, brioso oficial del Tercer Tercio, ha sido encontrado en lastimosas condiciones en el jardín de su casita recoleta, que le servía de galante mansión...

—Dije que fuéramos por partes... Nadie sabe quién es el misterioso sujeto vestido de negro, que un buhonero vio batirse en duelo esta noche en el jardín de la casa qué, al exterior posee el marqués de Vergara. Pero... ¡yo sí sé quién es!

—¡Albricias!—exclamó riendo Lucientes, a la vez que mojaba la pluma en el tintero—. ¡Presto, coronel! Decídmelo, para que empiece a escribir mi magna crónica.

—¡Tregua de chungas! ¡Tú eres “Pañuelo Negro”!

—No me sirve—replicó tranquilamente Lucientes, dejando la pluma erguida dentro del tintero—. No quiero engañar a mis lectores. He jurado servirles sólo noticias irrebatibles.

—¡Sólo tú puedes ser el sujeto vestido de negro, que fue visto por el buhonero!

—Vayamos por partes, pues. ¿Razones por las cuales me acusas tan vibrantemente?

—El capitán Vergara es hombre considerado primera espada. ¡Y sólo tú podías jugar con él! ¡Sólo tú podías marcarle la mejilla en tres trazas espaciadas y de distinta estocada! ¡Sólo tú podías atravesarle los dos brazos, inutilizándole para batirse durante varios meses!

—¿Motivos por los que me hubiera yo dedicado a esa diversión?

—El capitán me ofendió. Trató de ofender a Mireya. Yo me

negué a batirme... Tú fuiste testigo... Y pensaste enmascararte, para defender la paz de mi hogar, que yo, como coronel, no podía perder, batiéndome con Vergara.

—Yo no soy “Pañuelo Negro”.

—Es natural—rió sin amenidad el Pirata Negro—. Lo negarás con impúdica desfachatez.

—Oye, coronel de mis entretelas, puestos a recelar, ¿por qué, mil pares de trompetas, no puedes tú mismo ser “Pañuelo Negro”?

—¿Yo?—gruñó, francamente escandalizado, Lezama—. ¿A santo de qué, yo...?—Y se detuvo de pronto.

—¿Ves? Tú mismo comprendes que también eres sospechoso.

—Pero, ¡maldición recaiga sobre nuestras cabezas si miento! ¡Yo estuve toda la noche en casa... y Mireya puede atestiguarlo! ¿Sonríes, imbécil?

—El testimonio de una sumisa y obediente esposa no es útil. Escucha, coronel. Tú, como tal, no podías, espada en mano, hacer bailar al mezquino sujeto que propaló infamias sobre ti y Mireya. Pero... con máscaras y trapos.

—¡Calla, necio! ¡Mentecato! Si ya fuera “Pañuelo Negro”, ¿iba a venir a acusarte a ti de serlo? Recapacita... y no embrolles más lo que ya de por sí es embrollado. Confiesa que, como siempre, te has metido en camisa de once varas. Confiesa, que eres “Pañuelo Negro”.

—Mis pañuelos son blancos, cuando los uso.

—Esta mañana, al desayunar conmigo, estabas de excelente humor.

—Suele ocurrirme a menudo.

—Admitiste haber pasado la noche entera fuera de casa.

—Suele también ocurrirme a menudo.

—Hablaste de misteriosas noticias, empleando entonación enigmática.

—Soy Genoveva Lirio, y mi obligación es estar al corriente de los últimos chismorreos.

—Bien... Veo que por la persuasión nada lograré. ¿Algo te retiene aquí?

—Terminada está mi labor de hoy.

—Vayamos, pues, a almorzar.

—Con sumo gusto, mi coronel.

Durante el tiempo que a caballo emplearon en recorrer la distancia que separaba la planta baja donde estaban instaladas las dependencias de "La Voz del Hurón” y la suntuosa mansión donada como hogar al coronel Lezama, ambos jinetes no se dirigieron la palabra.

Tan sólo, ya cruzada la verja de entrada en la que montaban guardia de honor los soldados de un pelotón, Carlos Lezama, irritado por las miradas irónicas que de vez en cuando le asestaba Lucientes, rezongó:

—A ti todo te divierte, ¡pero mal haya del que sea “Pañuelo Negro”! ¡Por, cien mil pares de...!

—¡Chiitt, chttt!—chasqueó la lengua contra paladar el madrileño—. ¡Entramos en nuestro hogar, y cuesta una onza cada palabra malsonante. Vos, mi dilecto coronel y cabeza de familia, debéis dar el ejemplo.

Desmontó Lezama, y sus contraídas mandíbulas, y el movimiento de sus labios, denotaban que mentalmente estaba desfogándose.

La personal servidumbre del hogar del Pirata Negro, estaba formada por “Cien Chirlos”, que actuaba de jefe, y Ambrosio Bustamante como mayordomo, Juan Pérez y Lucio Agudo, como lacayos especiales, y Carmen Villaverde, esposa del navarro, como doncella de Gabriela Lucientes.

De la cocina, cuidábanse por turnos los tres piratas, y la esposa del navarro, como asesora.

Si les extrañó, no lo manifestaron los tres piratas, cuando, hosco el semblante, “Cien Chirlos” les anunció que “él” les convocaba a todos en el comedor.

Alrededor de la mesa hallábanse ya sentados, Mireya de Ferjus, Gabriela Lucientes, Cheij y Diego Lucientes.

El Pirata Negro, que hallábase en pie al entrar los cuatro hombres e inmovilizarse rígidos tras los sillones masculló:

—Reposo, belitres. No estamos en cubierta del “Aquilón”. A vosotros, por ser los únicos supervivientes de los antiguos del velero y por haber dado pruebas continuas de fidelidad, os considero componentes de mi familia. Y a mi familia tengo hoy que hablar, claramente, y exijo de toáosla misma actitud. Claridad que ayude a desembrollar un misterioso suceso ocurrido esta noche.

Gabriela Lucientes, aunque hizo esfuerzos para disimularlo, acusó un sobresalto repentino al oír el final de la parrafada que el Pirata Negro acababa de pronunciar.

—Haré un breve resumen. Todos sabéis, que hace cuatro días, se presentó aquí el marqués de Vergara, capitán del Tercer Tercio. Venía, según dije, en visita privada y de cortesía. En realidad, hizo todo lo posible por sacarme de mis casillas. Me negué a romperle las muelas como merecía, porque el Virrey me ha puesto a prueba, y quiero demostrar que si me lo propongo, así como nadie me ganó a provocar reyertas, nadie me gana, ni el propio Job, en aguantar impávido las provocaciones, que esta es la prueba que debo vencer. La peor de todas. Pero he aquí —y cruzóse de brazos con síntomas de naciente irritación—que vosotros, o al menos uno de los que me escuchan, se ha sentido más papista que el Papa. El lema de la familia bien unida, es “todos para uno y uno; para todos”. Pero aquí ¡yo soy el “uno para todos”! ¿Entendido?

Todos asintieron al unísono. La mirada que en ojeada circular lanzó el Pirata Negro, nada tenía de amable.

—¡Eso es! Dándome la razón, como si fuera yo un viejo chocho, o el tonto del pueblo. ¡Maldita sea la...!

—Una onza—dijo Lucientes, con grave entonación.

Mordióse Juanelo los labios, porque sentía, deseos de reír. Sonrió Mireya, y el Pirata Negro estalló:

—¡Te he dicho ya que no estoy para chungas! ¡Esta noche uno de vosotros, sintiéndose Quijote, ha ido a malbaratar mi propósito de demostrar que aquí se aguanta, sin menoscabo, porque mucho se repartió! ¿Quién de vosotros es “Pañuelo Negro”?

—Quizás, sería mejor que explicaras lo sucedido—intervino de nuevo Lucientes—. Aclara, para que te entiendan.

—Esta noche, una persona vestida arteramente de negro, dejó prenda de tal color encima del pecho de Luis Vergara, después de haber jugado con él, en noble duelo. ¡Y sólo uno de vosotros puede ser “Pañuelo Negro”, que así habrá querido el desconocido que se le llame!

—¿Por qué? Me instituyo en defensor de calumniados—arguyó Lucientes.

—Hay cariños que matan—rezongó el Pirata Negro—. Yo sé que todos vosotros, aceptasteis como vuestra la injuria que a mí y a

Mireya se hizo. Pero ¡no tolero que aquí nadie se sienta juguetón si yo no doy el ejemplo!

—Atiende a razones, coronel—replicó Lucientes—. El capitán Vergara jactábase de rompecorazones y de valentón. Muchos y muchas en Latacunga, tenían motivos suficientes para, desear embrocharle.

—Quien le embrochó, como dices, podrá para los demás, de fuera de casa, ser cualquier vengador de honras. ¡Para mí, no! Si acuso a uno de vosotros, es como siempre, porque tengo mis razones. Ni el que me informó, el accidental ayudante que sustituye a Vergara, ni nadie, piensa en nosotros... Pero yo, reúno tres factores indiscutibles, que acusan a alguien de los aquí reunidos. A alguien, menos a mí, porque acuso, y a Mireya, porque no sabe manejar espada. Los tres factores que acusan son: las voluntarias iniciales escogidas por el misterioso espadachín que corresponden a las de mi antiguo apodo, el afecto que todos me tenéis, y la marca. Una marca compuesta de tres trazos, dos horizontales y cortos, y uno largo vertical, que escriben en la mejilla de Vergara la letra "F". Ferblanc.

—Imaginación portentosa —replicó Lucientes—. Ésos tres trazos, pueden parecerte una letra "efe", pero mejor creería yo que son, sencillamente, los chirlos de escarnio voluntario, no chirlos honrosos ganados en combates, de Don Marcelo. Nuestro afecto es innegable, pero no basta, y en cuanto a "Pañuelo Negro", será coincidencia que correspondan las primeras letras a Pirata Negro. No hiles tan delgado, coronel. Antes, tú sólo acusabas cuando poseías pruebas concretas.

—Lo son. ¿Quién puede en Latacunga manejar mejor que el capitán Vergara el "pincho"? Yo, tú, Cheij... y tú—añadió Lezama señalando de pronto a Gabriela Lucientes, la cual parpadeó, pálido el habitualmente sonrosado rostro.

Y el Pirata Negro miróla con creciente sospecha.

—Tate... Pañuelos de encaje, ropas flotantes... Cita nocturna... Oye, doña... Tú manejas muy bien el "pincho", que no en balde desde niña, tuviste por continuos profesores a tu padre, a mí, y a don Marcelo. Y de mujercita a los mejores maestros franceses. ¡Tú eres "Pañuelo Negro"!

—Vaya—sonrió Lucientes—. ¡Aquí todos vamos a ser ese

misterioso personaje! ¡Llama también a Carmen, y no faltará nadie!

—Veamos—dijo Lezama, tendiendo un índice acusatorio hacia la amazona—. Tengo oído que ayer noche saliste sigilosamente de casa. ¿Piensas negarlo, doña?

—No... no lo niego—reconoció ella, temblorosa.

Cheij, hasta entonces callado, exclamó:

—¿Eh? ¿Que tú saliste anoche?

—A callar, chacal—atajó Lezama, mirando severamente a su hijo—. Por ahora, hablo yo. ¿Y a dónde fuiste, doña?

—No... no puedo decirlo—. Y levantóse ella con violento ademán, cubriéndose el rostro, y corriendo abandonó el comedor.

Sacudió Lezama la cabeza, contrariado, mientras les demás demostraban, menos Lucientes, su evidente sorpresa.

—Disuelta la reunión —comentó Lezama—. Creo que ya está clara la cosa. Implícitamente, Gabriela ha reconocido ser el misterioso “Pañuelo Negro”.

—No—replicó secamente Lucientes.

—No—añadió al igual Cheij.

—Yo, como papá de la criatura, hablo el primero. Después, tú, como prometido y futuro esposo. Si mi hija se ausentó, sus muy fundadas razones tendría, y no pongas cara de celoso, Cheij, o te parto la expresión de un manotazo. Y a ti, acusador, te digo' que el que Gabriela saliera anoche, no es suficiente razón para sostener que es “Pañuelo Negro”. Porque... y te cedo ahora la palabra, Cheij.

—También yo... anoche me ausenté, padre,

—¡Embrollos sobre embrollos! Luego me las entenderé contigo, mocito. Ahora al grano. ¡Tú, don Marcelo! ¿Dónde estuviste anoche?

—Por ti, por tu hogar, y por cuanto nos rodea, juro que para nada salí, y no por falta de hambre de comerme los hígados del marqués de Vergara, señor—contestó con vehemencia el lugarteniente.

—¡Tú, navarro!

—Yo opino en todo igual que don Marcelo, señor. Y hago mío su juramento, aumentándolo.

En semejante forma se expresaron los otros dos piratas, y los cuatro salieron del comedor a la señal de Lezama.

—Bien, familia. Podéis empezar a comer, mientras yo hablo con

Gabriela. Lo haré a solas. Y espero que ella deshará esté condenado embrollo.

Con paso resonante salió el Pírate Negro. Guiñó Lucientes en dirección a la perpleja Mireya.

—Un hogar sin embrollos carece de lo esencial, Mireya. Es como un plato sin salsa. Y tú, chacal, ¿por qué pareces la viva imagen de un perro que ha escondido un hueso y no sabe dónde?

—¡Ella… ella salió anoche!

—¿Y tú no, precioso?

—¡Yo soy hombre! ¡Yo soy…!

—Injusta desigualdad, chacal. Si tú saliste sin advertírselo a tu prometida, no veo la razón por la cual ella no ha de pagarte con la misma moneda. Pero, comamos., que ya arriba estará nuestra cabeza visible y tonante, deshaciendo el embrollo.

Pero la sollozante Gabriela, en vez de disipar nieblas, añadió más, cuando el Pirata Negro, acariciando sus cabellos, aconsejó cariñosamente:

—Sin temor, amazona. Yo íntimamente te agradezco el gesto, pero debes confesar lo ocurrido. Tú eres “Pañuelo Negro”, ¿verdad?

—¡No!

—Tate… —Entonces, anoche?

—¡La culpa… la culpa de que llore yo, la tiene… la tiene “Cascabel”!

El Pirata Negro, arqueadas las cojas, dominó las imprecaciones que iban a surgir de su garganta, y sentándose, murmuró entre dientes:

—Sólo eso faltaba. ¿Quién mil diablos es “Cascabel”?

Capítulo II

Cascabel

—No importa que todos vosotros os comportéis como anguilas escurridizas, que más resbaladizas las pesqué —dijo a guisa de saludo, y regresando Si comedor, Lezama, que te sentó con brusco ademán. —Gabriela no tiene apetito. Comeré por ella. En el fondo, soy un insensato al encolerizarme. Haré con vosotros, como hago con los oficiales del Tercer Tercio. Oponer a reacias mentes, sonrisas apacibles. Buen guiso éste. Hagámosle honores. ¿Terminaste tu especial condumio de dátiles, miel y carne natural, Cheij?

—Sí, padre, y con tu permiso, quisiera entrevistarme con mí prometida.

—No. Tenemos antes que hablar. Domino el arte de hacerlo, aun con la boca atareada. Esta mañana durante el desayuno, don Diego, entre las varias cosas cabalísticas que dijiste, hiciste referencia al singular carácter de Cheij, opinando que no se resignaría a permanecer enclaustrado todo el santo día y la pecadora noche en esta casa. Mi hijo lleva además de la hirviente sangre, la revoltosa y volcánica de Karmi, la zíngara. Mezcla explosiva... de la que estoy muy orgulloso. Pero al igual que llanamente estoy hablando, a la pata la llana replícame, chacal. Eres mayorcito, y no necesitas mi permiso para salir de noche. Pero, ¿por qué hacer el murciélago, sin notificármelo, no como deber de hijo, sino como demostración de amistoso afecto?

—Dormías ya anoche, padre, cuando sentí deseos de pasear.

—Ya. Y ¿puedes decirnos la meta de tu paseo?

—Puede prestarse a equívocos, padre.

—Prudencia tardía, mocito. Ya se ha prestado a todos los

equívocos. Me ves sonriente, y apacible... pero no eres tú un oficial cuya taimada reserva me tenga sin cuidado. Cuando eras chaval, solíamos tener una espléndida costumbre, que me dolería renovar ahora. Guardo te sentías culpable de algo no muy correcto, tú mismo descolgabas el látigo y me lo presentabas. De aquel muro pende uno. ¿Vas por él?

Mireya hizo un gesto suplicante, pero la respuesta de Cheij disipó el malestar.

—Honradamente, padre, no me siento culpable. Pensaba este mismo mediodía explicarte lo de anoche. Yo no soy "Pañuelo Negro.

—No estamos discutiendo este punto, mozo.

—Tú sabes que, durante dos años, hallé gran expansión para mis músculos en el arte de la pantomima. Aprendí bailes extraños, que me permitían desfogar la inquieta sangre que de mi madre zíngara, heredé. Mis maestros dijeron que tenía yo la alada virtud de desafiar la ley de la gravedad. Bailé por necesidad imperativa de mis músculos... Hace algún tiempo que no lo hacía. Y leyendo "La Voz del Hurón", supe que en el Teatro Real de Latacunga, con gran escándalo de muchas damas, y gran placer de los caballeros, al decir de Genoveva Lirio—y miró Cheij a Lucientes, que gravemente asintió en cabezada lenta—, una bailarina española, maravillaba, a los entendidos con pantomimas de graciosa filigrana. Anoche acudí a verla bailar. Fue repentino mi deseo de verla. Esta mañana, esperé en vano poder decírselo a Gabriela. Parecía huirme, y cuando la seguí hasta sus habitaciones, Carmen me cerró el paso respetuosa pero firmemente, para decirme que una fuerte jaqueca importunaba a mi prometida.

—¿Cómo se llama esa bailarina?

—La llaman "Cascabel", pero su verdadero nombre es Maruxa, y es de tierra gallega.

—Muy enterado estás.

—En el teatro no pude resistir a la tentación de ir a felicitarla después de su actuación. Hablamos mucho de arte, de escuelas, de viejos maestros, de innovaciones...

—Hijo, yo te creo y te creemos. Pero, en buen embrollo te has metido... ¿Sabes a dónde fue anoche tu prometida?

—No.

—Te vio abandonar la casa desde su ventana. Te siguió. Sirviéndose del antifaz y la holgada capa, prendas que utilizan muchas damitas para trasnochar sin dueña, llevóse también espada por si le salía al paso galán obstinado. No tuvo que usarla… según dice. Te vio en el teatro… Según dice, devorabas a la "Cascabel", que también según ella, es lindísima.,

—¡Yo… yo no la miraba como a mujer! ¡Para mí sólo hay una! ¡Y es Gabriela!

—¡Diantres, diantres y diantres!—. masculló Lezama— Bien te sobraba la razón, don Diego, cuando afirmaste que era más difícil conducir a familia, que gobernar timón bajo la galerna. Escucha, Cheij: nosotros tres comprendemos tu artístico impulso de ver bailar a "Cascabel", pero trata de que Gabriela lo comprenda. Atiende, mozo. Sube ahora a verla. Arrodíllate, explícate, y que el dios de los amores te sea propicio, que ese es mi deseo.

Salió el joven, y ya fuera, Mireya de Ferjus sonrió:

—Nube pasajera en todo idilio.

—Tal vez… Pero el geniecillo de los dos es difícil. Son jóvenes, poco propicios a comprensión mutua… se quieren locamente, y por eso mismo, sin la suave rienda de la experiencia, van a estrellarse si recíprocamente no abaten su amor propio. Él, poseído de que nada malo hizo, no se avendrá a reconocer culpabilidad. Ella, celosa, adoptará soberbias de reina ofendida… Y ¿nosotros qué podemos hacer? Nada. Por ahora… Más tarde, sí, ¿No opinas igual, don Diego?

—En absoluto.

—Bien… ¡y "Pañuelo Negro" aparecerá, o dejo yo de llamarme Carlos Lezama! Si al igual que eres "Genoveva Lirio", te ha dado por llevar otra doble vida… ¡sabrás quién soy!

—Mi inocencia resplandece. Pero ahora, señor coronel, creo que es más interesante que el del pañuelo, la damita "Cascabel". Puede sin ella proponérselo, ser motivo de arañazos entre los dos tórtolos… y eso he de procurar yo evitarlo.

En su habitación Gabriela Lucientes secóse rápidamente las lágrimas, al oír la voz de Cheij pidiendo autorización para entrar.,

Espolvoreóse de polvos prestamente, y afianzando la voz, invitó:

—Adelante, Cheij.

El hijo del Pirata Negro, cohibido, vino a doblar la rodilla ante

la que sentada, afectaba indiferencia.

—Anoche, Gaby, fui a... ver bailar a “Cascabel”. Fue un impulso repentino y por eso no te lo dije. Pensaba explicártelo esta mañana, y ahora, por si, inocentemente, te he hecho sufrir, te pido perdón.

—No tiene importancia ninguna. Cheij—. Pero el tono acerbo desmentía las palabras—. Eres muy libre de ir a ver a cuantas damas de libre vivir se te antojen.

Levantóse Cheij.

—¡“Cascabel” es una artista!

—Oh...—silabeó ella, brillantes los azules ojos—. No necesitará ella caballero defensor de su virtud. Que a buen seguro tendrá muchos espontáneos...

—No seas maligna, Gaby. No cuadra con tu buen corazón.

—¿Maligna yo? — barbotó ella — ¿Era arte lo que te hizo devorarla con los ojos, mientras ella, ligerita de ropas, daba vueltas como una peonza ebria? ¿Era arte lo que te hizo entrar en su camerino, donde permanecisteis tanto tiempo, que yo... me fui sin esperar más? ¿Era arte.,.?

—¡Gaby, por favor! No confundas...

—¡Cheij, por favor! No confundas mi *savoir vivre*, con necedad. ¿Te has cansado de quererme? Libre quedas...

—¡Por favor, Gaby! No mezcles en este pueril incidente, que soy el primero en lamentar, por los erróneos conceptos que te merece, lo que es imperecedero: mi amor por ti.

Rió ella, tratando-de mostrarse irónica. .

—¿Tu amor? Me temo, Cheij, que eres versátil como veleta que a todo soplo gira. Me acusas ele erróneas deducciones, y sales de noche, como un criminal al acecho, y en el teatro... ¡En fin, hemos terminado! Eres un engreído que por poseer atractivo físico, se cree que puede burlarse de mí...

—¡Gaby! Te ordeno que midas tus palabras.

—¿Tú me ordenas? ¡Ja, ja!—se mofó ella, con los puños crispados—, ¿Quién eres tú, para ordenarme? ¡Nadie! ¿Te enteras? ¡Ea! ¡Vete con tu “Cascabel”! Anda, ¡yo te ordeno que me libres de tu odiosa presencia! ¡Vete con ella!

—¡Con ella iré! ¡Sí! ¡Y ahora mismo!

—¡Qué seáis felices!



—Ella es injusta conmigo.

Salió él dando un portazo. Dentro de la habitación derrumbóse Gabriela Lucientes, en sollozos nerviosos, sintiendo que su corazón iba a estallar.

Cheij, experimentando también un dolor lacerante, sin poder localizar exactamente dónde le mordía un extraño sufrimiento, casi tropezó con el Pirata Negro, al descender las escaleras.

—¿A dónde vas, mocito?

—¡Nunca más trataré de razonar con mujer! ¡Ella es injusta conmigo! ¡Hemos terminado!

—¿Sí? Vaya, vaya... ¿Qué quieres que diga, hijo? A la fuerza nada se consigue. Pero medita bien antes de cometer algo irreparable. Es justo que Gaby esté resentida. No añadas más leña al rescoldo.

—¡Me ha enviado a reunirme con "Cascabel"!

—Ya... Y tú, mansamente, cumples. En fin, chacal, eres mayorcito, ¿no? Allá tú... pero, según lo que hagas, quizá me vea obligado a meterme contigo y la damita bailarina.

Irguióse, brillantes los negros ojos, Cheij:

—¿Tengo tu permiso para actuar como estimo necesario?

—Sí, hijo. Está la cosa demasiado ardiente ahora, para poder yo meterme en eso.

Marchóse el muchacho. Del rellano, asomó Lucientes.

—Creo que tengo que intervenir, ¿no, hidalgo?

—Sí. Para esas cosas, mejor te portas que yo. Lo primero, visita a tu encanto de niña... ¡También es necia la doña! ¡Ha sacado de quicio a mi hijo injustamente!

—Alto ahí, hidalgo—gruñó Lucientes—. Es tu hijo el que con sus impulsos bailarines, ha motivado la justa irritación de mi hija. Y dale gracias, a que yo sé que mi niña está locamente enamorada de Cheij y que sin él, sería infeliz, que si no... sobran por ahí, mejores pretendientes que el ensoberbecido chacal.

—Tengamos la fiesta en paz — masculló Lezama—. ¿Tú pretendes arreglar las cosas o acabar de embrollarlas más? Abur. Que entre todos estáis procurando malograr mi propósito de tener paciencia.

Gabriela Lucientes estuvo largo tiempo abrazada a su padre, oyéndole exponer sensatas razones. Al término de su concienzuda perorata, Diego Lucientes, asiendo la barbilla de su hija, dijo a modo de colofón:

—Y por lo tanto, con práctico ejemplo, mejor que con palabras airadas, demostrarás a Cheij que tienes razón. Pero, aparte del truquito que te he de proporcionar, admite un consejo, polvorilla. Tu geniecillo no debe asomar. Haz como el hidalgo Lezama. Contención... Si Cheij se arrodilló, y pidió perdón, no debiste chillar en respuesta. Espero que este primer embrollo servirá de lección definitiva. Vosotros, los tórtolos, de duro carácter aunque de gran amor, suscitáis equívocos que a no mediar un ángel tutelar de todo sentimiento noble, terminaría con todos los propósitos de boda. Y... toma una onza... ¡Carape! ¡Aquí te queda mi orden! ¡Tú te casarás con Cheij, porque no habrá marido más de mi gusto! Y cuanto a “Cascabel”, yo te garantizo que nada supone para Cheij. Y ahora mismo iré a visitarla.

* * *

Maruxa Lesqueira, era vira de genio, caprichosa y trepidante. Mal acostumbrada a que por doquier sus deseos fueran mandatos, mimada y consentida en todas las cortes y ciudades, había olvidado

ya sus días adolescentes, cuando era muchacha, bondadosa, tranquila y reposada.

Un viajero francés, la vio sin ella saberlo, cuando en el prado y entre el rebaño que tenía como misión guardar, danzaba por espontáneo don natural, sin música ni disciplina.

El francés, adinerado, tuvo que luchar mucho con los padres de la gallega de trece años. El poder del dinero venció a los padres. Y a ella, vencióle la timidez, el hábil describir del francés de subyugantes pleitesías de cortesanos.

Hacía ya veinte años, que había abandonado Maruxa Lesqueira sus prados. Murieron sucesivamente sus padres, y su descubridor. Convirtióse en “Cascabel”, la famosa bailarina genial, creadora de un arte propio, personal, muy apartado del ballet frío y grácil.

Era en el tablado un torbellino para los compases ardientes, y un alado cisne para los arpegios melodiosos.

Privadamente, tenía por escolta de viaje en viaje, rendidos admiradores. Pero no era escandalosa su vida privada, porque almita de falsos amores, Maruxa Lesqueira amaba tan sólo su arte.

Y por aquella tarde de julio, oía sin prestar mucha atención, las frases almibaradas de dos admiradores: Enrique Vela, conde de Lezno, joven, teniente del Tercer Tercio, y Facundo Ordeño, criollo rico, uno de los representantes en Latacunga de la moda y la exquisitez social.

La imaginación de la gentil bailarina, estaba lejos de sus dos cortejadores. Pensaba en el apuesto joven, que la noche anterior, en su camerino, habíale hablado con tanta maestría de su arte.

En aquel joven de apasionada mirar, adivinaba ella un alma gemela, muy distinta: a la de cuantos la cortejaban. Aquél, que se presentó como Cheij Lezama, aquél sí que sabía discernir todo lo sobrehumano que alentaba en el arte de expresar por medio de un baile, cuanto de poético contenía la vida. Una vida muy distinta a la de un cuartel, pensó, y a la de un continuo festejo social.

Y levantóse ella, con repentina animación, cuando en sus habitaciones del Teatro Real, entró Cheij.

Avanzó, manos extendidas, sin el menor recato.

—Bienvenido, amigo mío. Creedme... Os esperaba. ¡Ah, perdonad, caballeros! Permitidme que os presente al caballero Cheij Lezama. Teniente Tela, señor Ordóñez.

Enrique Vela, teniente del Tercer Tercio, palideció intensamente. Lo achacó “Cascabel” a infundados celos, al igual que el criollo.

Pero el conde de Lezno, al oír mentar el nombre del coronel de su Tercio, recordó la tragedia en que había desembocado “la epidemia francesa”, que poniendo de moda el batirse entre amigos, por el menor capricho, habíale conducido a matar a su más íntimo amigo de la infancia.

Y lo había matado, exasperado por la necia y fatua sonrisa del coronel Lezama… …

—¿Sois acaso familiar del conde Ferblanc?—inquirió dominándose.

—Soy su hijo, señor—contestó, orgullosamente Cheij.

Maruxa Lesqueira tenía don de gentes. Hubiera querido quedarse a solas con el recién llegado, pero no podía enemistarse con quienes, por representar lo selecto de Latacunga, le convenía soportar.

—Sentaos, caballeros. Decís que os interesa sobremanera mi arte y que deseáis aprender sus misterios. Tenéis aquí, a quien domina a fondo esos misterios. El caballero Lezama, pese a su juventud, conoce mejor que un viejo napolitano, las recónditas armonías del *ballet*.

Enrique Vela, al igual que todos los demás oficiales del Tercer Tercio, dominaba otro arte: el de la mirada impertinente, y la sonrisa sabiamente expresiva de mofa.

Y exhibió ambas cosas para inquirir:

—¿Acaso, caballero, tuvisteis maestro de *ballet*?

—Dos años consecutivos bailé en París —repuso Cheij que conocedor de lo sucedido a su interlocutor, sentía cercano el momento de poderse complacer doblemente, desfogándose de su irritación por su reciente enfado con su novia, y tratando de vengar la forzada paciencia de que hacía gala el coronel Lezama.

—¿En París? ¿Y siendo hijo del conde Ferblanc no tuvisteis cierto reparo en exhibiros por tablados?

La intención del teniente era provocar. Pero se le, anticipó Cheij cogiendo la ocasión propicia.

Miró a Maruxa Lesqueira, poniéndose en pie.

—Señora; permitidme que, considerando para vos ofensiva la frase del caballero, exija de éste que os presiente inmediatas

excusas.

Enrique Vela, complacido, se puso en pie, dedicando ceremoniosa reverencia a la bailarina.

—Os presento todas mis excusas, señora. No quise ni fue mi ánimo ofenderos.

—Sentaos, caballeros, Todo queda olvidado—trató ella de apaciguar, por temor de que Cheij pudiera estar en peligro.

—Gracias—aceptó Enrique Vela—, Y ahora, caballerete—añadió, mirando con insolencia a Cheij— daos por abofeteado. No sois quién para exigirme nada. Mañana, a las siete, os aguardo tras la Ermita Vieja.

—Allá estaré.

—Señora, a vuestros pies. ¿Venís, Facundo?

El criollo, apresuróse en levantarse. Aborrecía de todo corazón la idea de tener que verse espada en mano, por fútiles motivos.

A solas, Maruxa Lesqueira, interpretando mal la acometividad de Cheij, que atribuyó a enamoramiento, sintióse infinitamente sensible a lo que consideraba un homenaje.

—Gracias, caballero... Pero no debisteis, por mí, exponeros a un mal desenlace. Estos oficiales son diestros en las armas.

—No os inquietéis, que tuve yo los mejores maestros.

E inmediatamente versó la conversación sobre la afición artística que en común tenían. De la teoría, pasaron al ejemplo. Y cuando, ilustrando lo que comentaba sobre sus enseñanzas, lanzóse Cheij en el reluciente encerado, efectuando varios pasos acrobáticos de la danza “El Arlequín Burlón”, Maruxa Lesqueira, sintió que aumentaba en su íntima sensibilidad, la atracción que experimentaba.

La fogosidad equilibrada, la inverosímil agilidad felina con la que Cheij, más que saltar parecía distenderse teniendo por invisibles catapultas, sus talones, pasmaron a la bailarina.

Y poco después, como fanáticos posesos por la embriaguez de la danza, ambos en perfecta compenetración, bailaron la pantomima del célebre “Gasparone”, donde la pesadilla de un marino agonizante, convierte en jirón de aire la figura de la nocturna mendiga, que se arrastra hambrienta.

Al finalizar la pantomima, la mendiga, abrazada por el agonizante marino, simula ser el inapresable aire, que solidificado

entre los brazos del naufrago, concede a éste una muerte dichosa, porque le hace considerarse vencedor del elemento enemigo, que le destruyó.

Diego Lucientes, al quedar “Cascabel” en vilo, abrazada apasionadamente como lo requería la pantomima, aplaudió entrechocando los dedos de su mano derecha contra el hierro de su manopla izquierda.

Tardaron ambos en darse cuenta de que desde hacía rato, tenían un espectador.

—Bravo, *bravissimo* — sonrió Lucientes—. Danza que hubiera merecido miles de espectadores. Preséntame, Cheij.

—Don Diego Lucientes—dijo, ceñudo, Cheij.

—Gran admirador de todo arte— saludó Lucientes, besando la diestra de la bailarina—. ¿Deseas preguntarme qué hago aquí, Cheij?

—No—apresuróse a decir el muchacho.

Y de pronto, como rebelándose, añadió:

—Es el padre de mi prometida.

Maruxa Lesqueira, si íntimamente sintióse molesta, no lo exteriorizó. Sabíase muy por encima de cualquier damisela, no ya por dotes naturales, sino por las adquiridas.

Sonrió con sincera expresión amable.

—Espero, caballero Lucientes, que no interpretaréis adecuadamente el motivo que nos proporciona una gran amistad al caballero Lezama y a mí.

—Canas me extirpo de mis rojos bucles, “Cascabel”. No soy un padre al uso de tragedias griegas. Sé muy bien que Cheij, tan sólo por afición al arte, os visita. Y es más, debido a que sois linda y honesta, al unánime decir, sabed también que soy tal clase de hipotético suegro, que si Cheij ve en vos a la dama encantadora, nada puedo objetar.

Cheij encogióse de hombros.

—Estimo algo improcedente vuestra visita, don Diego. Semeja una vigilancia inoportuna.

—No es vigilancia, muchacho. Es simplemente afán de felicitarte. Puesto que tú y Gaby habéis terminado... ¿qué mal hay en que yo, sempiterno curioso, haya querido ver a tu elegída? Te felicito.

—¡Precipitáis las cosas, señor!— exclamó, enojado, Cheij,—. Perdonad. "Cascabel", Os veré, de nuevo en más propicia ocasión. Don Diego es temple peculiar, pero me consta que no os dirá nada qué repetirme no podáis. Buenas tardes.

Marchóse el hijo del Pirata Negro, y a la media hora, de charla, Maruxa Lesqueira, ya no guardaba el menor rencor al pelirrojo. Muy al contrario, lo encontraba ameno y dotado de gran simpatía.

—Creedme que lo siento, si involuntariamente he sido causa de celosa riña.

—¡Bah!... Mi hija es damisela carente de experiencia. Yo, uno de los interesados en este cuarteto, os aseguro que carece de importancia lo sucedido. ¿Que Cheij os prefiere? Alabado sea su gusto. Mi hija es encantadora, pero es inteligente. Sabe que luchar contra vos, es perder el tiempo.

—Creo, como antes dijo Cheij, que precipitáis los acontecimientos. Él se siente unido a mí, por los fraternales lazos de un arte compartido.

—Une mucho esa fraternidad. Yo tan sólo vine para prevenir posibles suspicacias. No tenéis nada que temer ni de mí, ni de mi hija. Al revés que en la horca, en amor por la fuerza nada se consigue, y más pierde quien quiere forzar, que quien se resigna. Y mi hija es un dulce carácter, muy resignado. Esta noche, tendré el honor de ser el que más reciamente os aplauda.

Varió la conversación, y un comentario de la gallega, hizo que Diego Lucientes avanzara el busto, repentinamente:

—¿Cómo decís? Perdonad, si os hago repetir.

—Dije que el buhonero que oculto presenció el duelo del que toda la ciudad habla, tiene que saber forzosamente quien es "Pañuelo Negro".

—¿Por qué deducís eso?

—Este mediodía vino a ofrecerme sus chucherías. Le compré toda la mercancía, por curiosidad de oírle. Es joven, de buena planta, y tal vez ante mí, sintióse confidencial. Dio a entender... ya sabéis que los hombres, por hacerse interesantes, prescinden de reticencias ante la mujer a quien pretenden impresionar favorablemente, y, por tanto, dio a entender que sabía quién era "Pañuelo Negro".

—Excelente noticia, '"Cascabel", y os la agradezco, porque,

como gacetillero, me interesaría descubrir la personalidad de “Pañuelo Negro”. ¿Sabéis dónde se aloja el buhonero?

—Esta noche ha prometido acudir. Os lo indicaré.

—Sois un ángel... ¡Qué lástima que no tenga veinte años menos, y que no sepa yo bailar como Cheij!

Levantóse para despedirse, y ella, por coquetería amable, replicó:

—No tenéis más edad que la que aparentáis, don Diego. Y... la esperanza nunca la pierde el galán que posee vuestra ufana simpatía.

—Rendido adorador de vuestra donosura, “Cascabel”. Repican alegremente en mi pecho campanitas de esperanza. Hasta la noche, en que os admiraré, y procuraré hablar con el buhonero.

La tercera visita, que recibió “Cascabel” cuando disponíase a media tarde a dirigirse a la carroza que la esperaba trente al Teatro Peal, la impresionó de modo muy distinto que las anteriores.

Era tiránica por consentida, pero sintióse aún más tiránica, por la exasperación que le produjeron las primaras palabras del que en profundo saludo, espetó:

—Sin circunloquios, mi damita “Cascabel”. Me interesa averiguar si tenéis buen corazón, o sois como pregona la fama, devoradora de corazones varoniles.

—¿Quién sois vos?

—Carlos Lezama, conde Ferblanc, y coronel del Tercer Tercio. Os cito los títulos, por mor de pleitesía.

—Vuestro hijo será seguramente el motivo de que aquí estéis.

—En efecto. No me temáis a mal la sinceridad. Yo sé que tanto él como vos, os sentís atraídos por esa desconocida influencia de la danza. Pero hay una damita que no puede razonar fríamente, porque ama con toda su alma. He arreglado muchos idilios y me dolería no poder evitar que se estropeara el de mi propio hijo. ¿Queréis ayudarme?

—Juzgo... autoritaria vuestra petición de ayuda. Vuestra sonrisa es sarcástica. Seréis todo lo coronel que queráis, pero en mí, nadie manda.

—Ni tal pretendo. Vengo a solicitar la merced de que os dignéis considerar que valéis demasiado, para que sirváis de tercería separadora entre dos enamorados.

—¿Y si me place serlo?

—Entonces, siga la pantomima, mi damita “Cascabel”.

—Hay más amenazas en vuestras palabras, que en gestos violentos, Acaso... —Y entornó ella los párpados—...¿acaso por lo que ha poco oí de labios de un teniente del Tercer Terco, pensáis marcar mi mejilla coa tres cortes?

La clara alusión al misterioso “Pañuelo Negro”, hizo que Lezama frunciera el ceño. Empezaba, como temía, a asonarse a su persona la identidad del enigmático autor de las heridas de] capitán Vergara.

Saludó de nuevo:

—Sois dama y yo pretendo ser caballero, “Cascabel”. Dormid tranquila, que por lo que a mi respecte, ningún negro pañuelo reposará en vuestra alba piel. Vine como padre suplicante, y fracasado mi intento, os prometo que dejaré al albur del Destino, lo que haya de suceder.

Sintióse ella dispuesta á zaherir.

—No os vayáis aun señor conde Ferblanc. Suponed qué, unidos por una afición común, vuestro hijo y yo, decidiéramos entregamos por completo al maravilloso vivir viajero, de ciudad en ciudad, deleitando a la humanidad, y despertando en ella vibraciones ignotas, como las que produce todo arte. ¿Qué haríais?'

—Di ya un paso en falso, al presentarme pretendiendo cordial entendimiento entre nosotros. No daré un segundo. Tengo por costumbre acomodar mis actos a los sucesos. Por ahora, mi hijo Sigue en Latacunga... y abandonad toda pretensión. Él no os quiere ni os querrá.

—¡Lo veremos! — engallóse ella—. ¿Acaso creéis que hará más caso a vuestros razonamientos que a mis... insinuaciones?

—Me conocéis mal, mi damita “Cascabel”. No es mi hijo gato de cuello para vuestro cascabel, ni soy yo gato viejo que incurra en el error de nada querer vedarle. Quien sopla iracundo, más fuego enciende; Yo enmudezco... y el tiempo dirá.

—Adiós, mi señor conde — sonrió ella, burlona—. Mayores gatos hice maullar. Y ya es para mí, capricho, demostraros cuánto puedo. Y... por si acaso, os advierto que a la menor aparición de algún pañuelo negro, buenas pistolas tengo y sé manejarlas.

—Abur, campanilla—dijo, ya malhumorado, Lezama—. ¡Ojalá os

visite el que se hace llamar “Pañuelo Negro”! ¡Sea quien sea, bienvenido será, si comete la villanía excusable, de hacer que huya lejos el cascabel de vuestras coqueterías!

Capítulo III

Encrucijadas

Renato Pereña, marqués de Alvear, virrey de Nueva Granada, gran soldado y experto gobernante, miró animosamente a su antiguo amigo, el almirante Juan Diéguez.

Conocíanse y teníanse en gran aprecio, desde que simple alférez, el uno y segundo capitán de mar el otro, coincidieron en su absoluta entrega al servicio de España y de toda noble causa.

—Esa es la verdad, Diéguez. Quieras o no.

—Dirás que esas son las apariencias, Pereña. Quieras o no. No me obligues a repetirte que toda acción tiene su cara y cruz.

—¡Y dale! Yo he visitarlo a Vergara. He visto las tres heridas del rostro. Coincido con él. Sólo el conde Ferblanc podía, espada en mano, vencerle... y humillarle. ¿No es pirata la manera? Como coronel no podía... Con velos y encajes, sí. Todo le acusa de ser "Pañuelo Negro". Le reconozco motivos. El propio Vergara admite que se comportó indignamente, haciendo propalar la falsedad de que Ferblanc no presentaba a su esposa, o por ser ésta un esperpento, a por no fiar de su honestidad. Vergara reconoce su propia indignidad, que castigaré como es debido pero que exige justicia, contra quien aparentemente un coronel apacible emplea máscaras para vengarse.

—No incurramos en nuevo error, como en el asunto del Mesón "La Vicuña", Pereña. Has citado al conde. Lo oiremos.

—Hay algo que es inevitable, Diéguez. Yo, por los grandes servicios prestados por el conde Ferblanc, dispuesto estoy y he estado a consentir muchas cosas.

—Y él corresponde, siendo hasta ahora un intachable coronel, que impávido soporta la malquerencia de sus oficiales.

—Hay algo que es inevitable—repitió el virrey—. Los lobos no pueden por mucho tiempo transformarse en corderos. Por ahora, tiene Ferblanc piel de cordero... ¿Qué sucede, chambelán?

—Perdonad, excelentísimo señor, pero el duque Morosini, solicita urgente audiencia.

—¡Introducid!... No te vayas, Diéguez. Eres, como yo, Grande de España, y a mucho honor aceptará tu presencia el duque.

Giacomo Morosini, embajador de Venecia, en Nueva Granada, entró con arrogante ademán altivo.

Inclinóse para acoger la presentación del almirante. El italiano, descendiente ele los patricios venecianos, que dieron varios "dux" a la ciudad cíe los canales, llevaba residiendo en Latacunga más allá de tres años.

—He solicitado urgente audiencia, señor virrey, porque tengo que exponer mi mayor indignación ante un inaudito suceso, que seguro estoy ha escapado a vuestra superior autoridad.

Giacomo Morosini, adiposo, pero señorial, de rostro hermoso, pero ladino, era teatral y su español perfecto, tenía resonancias engoladas.

De su lujosa escarcela, prenda recamada en gemas, como su tahalí y coleto, extrajo un doblado cuadernillo impreso.

—Este es el infame libelo que se ampara tras el título de "La Voz del Hurón" y tras la firma de una mujer, que no merece nombre de dama. Ha aparecido este segundo número esta mañana. He recibido ya centenares de ejemplares, enviados por anónimos, que han subrayado determinada crónica escandalosa. Os denuncio el hecho, para que sean encarcelados los que, abusando del vuestro permiso, se atreven, a difamar a un embajador de la Serenísima República Veneciana, que con toda justicia y modestia represento en Latacunga.

El virrey cogió la gaceta y leyó, en silencio. Al terminar la lectura, ofreció el impreso al almirante.

Juan Diéguez detestaba profundamente a los presuntuosos esclavos de, las vanidades sociales. Y sabía que Giacomo Morosini, era un máximo exponente de aquella debilidad costosa.

Escasamente sonreía, y por eso no exteriorizó la diversión con que iba leyendo, sintiendo sobre él la mirada altiva e indignada del embajador.

“MANUAL DE UNA SOLTERONA”

"**Crónicas avinagradas de Genoveva Lirio**.

“Ya no cantan para mí los ruiseñores, sino que la noche se puebla de susurros agoreros de búhos y silbidos chirriantes de lechuzas. Es mi pócima la crónica y me enciendo las frías venas, de calurosa vehemencia, el afán de fustigar las hipocresías y las encubiertas soberbias mal encauzadas.

"Estamos en el año 1723. Fenecieron ha tiempo los dominios feudales. Y menos que en ningún suelo, la tierra española, demasiado generosa, puede soportar prácticas antiguas qué depravados extranjeros, al socaire de nuestra condescendiente ignorancia, intentan resucitar.

”¿Por qué en un palacio de blanco mármol extranjero por sus arabescos, no se contentan con revivir orgías que se prolongan días y noches, sin añadir a tan corrompida costumbre, la de invitar con el señuelo de crecidas dádivas a incautas jovenzuelas que bajo el antifaz, se sienten a salvo?

”¿Por qué el anfitrión, repulsivo patricio decadente, que mal representa a sus gloriosos antepasados, si necesita para divertirse el actuar de mefistofélico corrompedor de vacilantes virtudes, que sólo esperaban la propicia ocasión de que nadie lo supiera, no fleta bajel y envía a buscar damitas de igual disposición allá en su tierra natal, donde los remeros reemplazan a los postillones?

”¿Por qué a estos supuestos bailes de máscaras, acuden amparadas bajo el antifaz, verdaderas ingenuas, creyendo que todo lo resistirán, y sólo por curiosidad, terminan en deshonor, embriagadas de luz, aromas y néctares traidores?

"Respuestas hay. Acuden necias creyéndose vírgenes fuertes, porque no hay quien pueda demostrar que allá acudieron. Pero sirva esta crónica de advertencia al patricio que mejor estaría allá en su isla ciudad natal. Puede surgir el enmascarado vengador que le de muestre que, en tierra española, la hidalguía tiene un límite, y que

si la espada no se desenvaina sin motivo, tampoco se enmohece ante la villanía de quien obligado está por su cargo, a ser ejemplo de caballerosidades, y lo es de turpitudes obscenidades y feudales jolgorios, que empiezan en risas y en llantos terminan, cuando no en muertes.

"Quien tenga joven hermosa que vigilar, abra bien los ojos. Muchas son las tentaciones que acechan a nuestras virtuosas doncellas. Advertido queda el referido anfitrión si no romano, cercano vecino.

”Y que no pretenda la malicia popular, que en España y sus tierras de todo hace chanza, que por ausentes los encantos de mi persona, me dista la crónica el no haber recibido invitación”.

”Genoveva Lirio”

Devolvió el almirante la gaceta al virrey. Y éste contempló al embajador.

—¡Pido, señor virrey, el encarcelamiento de cuantos en este libelo toman parte, por difamación y calumnia contra persona de mi privilegio! Burdas calumnias, firmadas por una mujer, que seguramente es seudónimo que encubre a cobarde venenoso. Toda la ciudad sabe que en mis festejos, dados en el mayor honor de España y Venecia, para estrechar los cordiales vínculos, nada pecaminoso sucede. Si orgías hubo, caballeros eran ellos y damas de fácil virtud ellas. Por tanto, en nombre de la Serenísima República que represento, pido pronta justicia. No he querido rebajarme a enviar mis servidores a arrasar la guarida donde se maquina este infamante libelo, porque espero vuestra decisión. Pero hago constar mi personal protesta, por lo que estimo negligencia al tolerar tal publicación.

—Quizá os excedéis, señor embajador—atajó secamente el virrey, a quien los modales imperativos del italiano empezaban a serle vejatorios—. Ignoro quién es Genoveva Lirio, pero conozco a maese Huarte, el director y creador de estas gacetas que tienen por misión fustigar los vicios, que se encubren bajo otros aspectos. No le tengo por libelista y descuidad, señor embajador, que justicia será hecha.

—Acepto vuestras promesas, señor virrey. Pero debo añadir algo más. Estimo insultante que se me amenace con un enmascarado vengador, aludiendo indudablemente a ese “Pañuelo Negro” que esta mañana ha hecho su primera aparición. España es país de genialidades, pero… roza a veces la incultura en su elogio del bandidaje.

—Para diplomático, señor embajador, os dejáis llevar demasiado por reciente cólera. Quizá es preferible elogiar al bandido caballeroso, que comentar con complacencia orgiásticos excesos malsanos. Mañana os concederé audiencia, para daros satisfacción. Os saludo, señor embajador.

Con tiesura, los tres hombres saludaron, puestos en pie.

—Dirás que le tengo inquina a tu amigo Lezama—dijo el virrey, apenas hubo salido el embajador—. Pero es innegable que desde que eligió bogar en Latacunga, todo se convierte en encrucijadas. No tenía por qué decirla a ese infatuado, que Genoveva Lirio es Diego Lucientes, uña y carne de Lezama. ¡Demontres! Si este pelirrojo audaz e insolente se ha atrevido a lanzarme como dogo exigente al veneciano, va a lamentar haberme tomado por gusto de dormir. ¿Ves? Elogia a “Pañuelo Negro”… Lo que te anticipaba… Lobos, con piel de cordero y que van a convertir, en un infierno esta pacífica ciudad,

—Hasta ahora ¿dónde está el infierno?

—¡El señor coronel Carlos Lezama!—anunció el chambelán.

Inconscientemente, el virrey asoció la palabra “infierno”, con la persona anunciada por el chambelán.

—Buenas tardes, coronel. Sentaos.. Seré breve. ¿Podéis decirme si tenéis sospecha de quién es ese misterioso “Pañuelo Negro”?

—Soy el principal interesado en averiguarlo prontamente, excelencia. Pero he practicado algunas deducciones: los cortes que surcan la mejilla del capitán Vergara pueden identificarse como la letra “F”, las primeras de “Pañuelo Negro”, corresponden al apodo que antaño usé, y nadie más interesado que yo mismo, en humillar a un gran espadachín, que por privados rencor-cilios de oficial burlado en sus propósitos de burlarme, cometió indignidades.

—Entonces ¿admitís que no me extravío por encrucijadas de personal recelo, si os creí autor de la aventura sucedida al señor marqués de Vergara?

—Todo parece acusarme, pero si decidí ser un apacible coronel, es porque dispuesto estoy a aguantar lo indecible, quizá por penitencia de antiguas quisquillosidades a flor de piel. Ahora, mi honrilla es más honda. Quiero un tranquilo hogar y lo lograré.

—Vuestro amigo Lucientes es un primer espada.

—Lo es.

—También vuestro hijo.

—También.

—Y si no son erróneos mis Informes, la señorita Lucientes fue llamada "La Amazona", por su maestría en artes masculinas, tales como equitación y esgrima.

—Cierto.

—Dado que en la venganza ejercida contra el captan Vergara existe la sospechosa coincidencia que vos señalasteis, en lo que se refiere a las marcas de las heridas y las iniciales del que prurito tuvo en ostentar pañuelo negro, ¿me extralimito si estimo que es en vuestra familia donde muy posiblemente hay que pensar en desenmascarar a "Pañuelo Negro"?

—Esta es mi personal opinión, excelentísimo señor. Y no cejaré hasta conseguirlo.

—Gracias, coronel — dijo, amable el virrey—. No esperaba menos de vos. Y ahora, mientras acude el señor Lucientes, a quien he enviado a buscar, charlemos de cosas que no resulten laberínticas encrucijadas.

A la media hora, Diego Lucientes entró, manteniéndose en correcta postura, tricornio ante el busto y serio semblante.

Pero sonrió, porque sonriendo estaba el virrey.

—No os quiero ocultar que mientras no tenga pruebas contra vos, os confieso me causáis cierto regocijo… Pero al igual os advierto, que si pretendéis divertiros a expensas mías, os costará cara la diversión, porque Su Majestad no nombra virreyes para que de bufón sirvan a un poeta aventurero. Y hecho el exordio, paso al meollo del asunto. Vos firmáis "Genoveva Lirio", pero vuestra espada es la Genoveva que defiendo virilmente lo que la pluma propaga. Y antes de seguir ¿por qué elegisteis el nombre de Lirio?

—Lirio soy, excelentísimo señor, porque pretendo lo imposible. Corregir vicios ajenos, cuando los míos no sé encauzar moderadamente.

—Brava replica. Tratad de replicar al igual. ¿Sois vos “Pañuelo Negro”?

—Veréis, excelentísimo señor. Como ignoramos todos quién es, prefiero que así siga la cosa. Yo soy Genoveva Lirio, y al igual que de cuanto escribo, pruebas tengo, suplico trato idéntico.

—En palabras de claro castellano —gruñó el virrey, a su pesar, sonriente—. Queréis que os mande al tribunal cuando os demuestre si sois o no “Pañuelo Negro”.

—Gracias, excelentísimo señor, y como supongo que el embajador de Venecia vino a quejarse de Genoveva, quiero dejar en buen lugar el renombre acrisolado de maese Huarte. ¿Tengo confidenciales pruebas, escritas, que dos damas, fiadas en la bondad y galantería de maese Huarte, entregaren bajo sobre dirigido a Genoveva Lirio. No será preciso exponerlas a la vergüenza pública. Basta tan sólo, con que el embajador lo sepa. Esas son las confesiones de lamentables sucesos relatados por las víctimas. Una, dióse muerte. La otra, fingió enfermedad, siendo su dolencia la de un pudor ultrajado. Y lo más de lamentar, es que por tener que guardarlo secreto, no pueden ellas acudir a sus varones. Pero confío en “Pañuelo Negro”.

—Cuidad, caballero, de que si al embajador algo le sucediera por el jaez de lo ocurrido con el marqués de Vergara, vos seriáis infinitamente sospechoso, y quizá os mandaría vigilar muy de cerca.

—Tened en cuenta que Genoveva Lirio, sabedora de que “Pañuelo Negro”, según afirmaba un buhonero, anunció sus propósitos de darse a conocer, invita al misterioso a seguir la tradición que exige que haya ánimos caballerosos que en voluntaria ilegalidad, apliquen legales escarmientos.

—Sois… inmoral, caballero. Tanto vos, como vuestro amigo, el conde, deberíais ir olvidando antiguas prácticas… porque resulta evidentemente perjudicial, que se compruebe que donde no llega el brazo de la justicia, alcanza la mano de un misterioso enmascarado, como antaño ocurría con el legendario Pirata Negro. En fin, señores, no me sembréis Latacunga de encrucijadas. Por lo que respecta al embajador, mañana haré uso de esas dos cartas. Le retiraré el “placet”, y que se embarque hacia su tierra. De lo contrario, será juzgado, aunque queden en evidencia honrosas familias. Buenas tardes.

En los cuatro hombres alentaba la misma idea, ¿Quién era “Pañuelo Negro”?

En la calle, amplia avenida desierta ante el palacio virreinal, el almirante Diéguez, montando a caballo, acariciòse la rasurada barbilla.

—Buena suerte a “Pañuelo Negro”, don Diego. Confieso que siempre tuvo debilidad por los bandidos caballerosas, y, llamo bandido al tal, por el aquello de que usa velos y mascaras. Hasta pronto, señores.

Al cabo de varios minutos en que en silencio Lezama condujo al paso su caballo, bota contra bota del pelirrojo, tiró de las riendas.

—Por última vez, estudiante, ¿eres, tú o no?

—Repámpanos. Esto ya resalta pasado. ¡No, no y no!

—Igual dirías si verdad fuera. Descuida, que ya lo averiguaré.

—¡Pues a ello, y dejadme en paz todos juntos! ¿O es que tengo yo cara de caballero de la Tabla Redonda?

—Tu cara es siempre la misma. Pétrea con la dureza de esa tenacidad que es tu única constancia aparte beber como una esponja gigante, divertirte a costa de loa demás. ¡Y te divierte, mal rayo me parta, tenerme intrigado!

—La cuestión es no aburrirse, hidalgo...—Y no pudo seguir el madrileño, porque picando espuelas, alejóse a todo galope el Pirata Negro.

Capítulo IV

El caballo de batalla

—Lo cierto es que el caballo de batalla en que se montan los que opinan que “Pañuelo Negro” es alguien allegado muy de cerca al hidalgo Lezama, es el hecho de que haya intervenido en asunto bien notoriamente de la incumbencia de mi amigo, al cual sus familiares, per afecto, pueden haber intentado vengar — resumió Lucientes, apurando, un cuartillo y volviendo a colocarlo sobre la mesita—. Sabed, maese Huarte, que antes mi principal afición eran las hijas de Eva. Desde que me he convertido en profundo, sincero y arraigado misógino, vos y vuestra gaceta, me habéis proporcionado gran diversión. Me hubiera asqueado convertirme en melancólico misógino, odiando ferozmente a la mujer.

—Acabáis de descender de carroza, donde os acompañaba lindísima dama—dijo, con cierto retintín, maese Huarte.

—¡Bah! Es material de trabajo. Me informa de chismes. Además, trato de ver si procuro que Cheij aleje de ella, Era “Cascabel”, la bailarina. Os repito que soy ya del todo insensible a la mujer. Moriré Misógino.

Alfredo Huarte, terminada su labor abandonó la sala. Y poco después, al irse los cinco operarios, tras la mesa, Diego Lucientes, que a falta de otra cosa, entre sorbo y sorbo, iba escribiendo sus nuevas teorías de por qué “el hombre fuerte es el que con señero egoísmo, sabe acallar las ansias románticas de su corazón”.

Sólo lucía la linterna que alumbraba su mesita, arrojando a su alrededor un halo de luz.

Las demás linternas de la larga sala habían sido apagadas al irse primero Alfredo Huarte y después sus menestrales.

Una silueta negra avanzó sigilosamente, velado el rostro, hasta

detenerse cerca de la mesa, surgiendo de pronto en el halo de luz.

—¡Córcholis! — farfulló Lucientes, asustado por la repentina aparición, alargando rápidamente el brazo para asir la espada colgante tras él— ¡Recórcholis!—repitió para animarse y recuperar el dominio de sus nervios.

—No os alarméis, caballero—dijo, con suave voz opaca, la aparición.

—¡Diablos! ¡Vos sois "Pañuelo Negro"!



La figura de negro, dejó caer sobre sus hombros el velo con que se cubría. Era el velo una lujosa mantilla...

Un rostro femenino de redondo óvalo, que plasmaba dulzura y candor, quedó al descubierto. Los negros ojos expresaron asombro,

y después, una agradable sonrisa embelleció los hermosos labios rojos da la desconocida.

—Es natural, señor, que vos finjáis creer que soy el misterioso personaje.

—¡Diantres!... ¿También vos me creéis ese...? Excusad. Parecéis fatigada. Sentaos.

—Fui a vísperas y mi dueña espeja en la puerta. Soy Consuelo Alvarado. ¿Mi apellido no os dice nada?

Fijóse ahora Lucientes en el luto de la visitante. Recordó que la firmante de la carta enviada a Genoveva Lirio, era Úrsula Alvarado, pero era un nombre corriente.

Y la dolorosa confesión póstuma que Úrsula Alvarado hacía de lo sucedido en el palacio de Giacomo Morosini, debía permanecer secreta.

—No os conozco, señorita... ¿o señora?

—Señorita, caballero Lucientes. Latacunga es ciudad donde todo se sabe. Hay cosas más difíciles de saber, pero maese Huarte es amigo de mi padre. Por él supe que erais “Genoveva Lirio”. Y por confesión de mi dueña, que fue nodriza mía y de Úrsula, he sabido que ésta os relató... la causa de su muerte. Sólo ella, vos y yo sabemos quién la culpa tiene del infame abuso cometido con Úrsula, mi pobre hermana. Os dan fama de generoso caballero. Tal dice maese Huarte y os conceptúa paladín de toda buena causa. No puedo acudir a nadie, señor. Vos... ¡vos podéis ser quien vengue el honor de mi pobre hermana!

El misógino contempló las lindas manos gordezuelas de Consuelo Alvarado. El rostro candoroso le atraía y la voz suave, henchida de tiernas inflexiones, le acariciaba el oído...

Pero hízose fuerte, para contestar algo desabrido:

—¿No tenía vuestra hermana valedor en persona de novio o cortejador?

—Sí... Pero decírselo, equivale a proclamar la deshonra de nuestro apellido. Él cree, como todos, que mi hermana murió súbitamente de desconocida dolencia de corazón. Señor, poco valgo y comprendo que venir a importunaros, es impertinencia. Poro ¡os juro mi eterna gratitud, si vos sabéis hallar causa para retar al infame duque Morosini! ¡Sólo vos es toda la ciudad, puedo tal cosa hacer!

—Él es embajador y nadie puede retarle a duelo. Es, como diplomático, persona inviolable. ¿Sabéis qué castigo espera al que perfore la piel de un embajador? Muy sencillo. Le cortan primero la diestra, a ras de muñeca. Después, le queman la frente con hierro candente, y para que no vuelva a cometer tal estropicio, como último estropicio contra él, la descuartizan en plaza pública. El corte de muñeca no me place, lo de hierro candente menos y en cuanto a descuartízame, perdonad que os diga que no me causa la menor gracia. Siento, pues, defraudaros, pero… no soy tan paladín como presume maese Huarte. Vos… ¿sois romántica, señorita Alvarado?

—Quizá en exceso, caballero Lucientes. Y supuse que vos, enmascarado, podíais vengar el honor de mi hermana.

—¿Conque sois en exceso romántica? Bella cosa, y vuestro rostro, un no sé qué aureolando vuestra persona, vuestra voz, convencerían al más empaquetado cínico, de que sois deliciosamente soñadora. Tendré, pues que evitaros futuros desengaños. No importa ya el honor de vuestra hermana. Cuanto pudiera hacer el más romántico Rolando, no devolvería la vida a Úrsula Alvarado.

Abatió ella la cabeza y sus manos colocaron de nuevo el velo, cubriendo sus rasgos.

—Perdonad, caballero Lucientes. Sé que el secreto de Úrsula sigue siéndolo. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Alvarado.

Aquella noche, bebió Lucientes más que de costumbre. Estaba irritado consigo mismo, porque con frecuenta deteníase a pensar con deleite en la sensación de pureza y romanticismo que le producía el evocar unas manecitas gordezuelas, de hoyuelos, que también dibujábanse en las mejillas del rostro candoroso de Consuelo Alvarado.

A la medianoche hallábase en el Teatro Real.

* * *

El Teatro Real de la ciudad virreinal de Latacunga, constituía uno de los legítimos orgullos de los petimetres y aficionados a los festejos esplendorosos.

Comentábase que fue edificado con la finalidad de que en el suntuoso recinto diéranse representaciones de teatro antiguo a la

usanza griega.

Pero las tragedias de Eurípides y Sófocles no disfrutaron larga predominancia, siendo substituidas por las farsas bufas al estilo italiano.

Las compañías trashumantes escaseaban y el Teatro Real de Latacunga. hubiérase cerrado, a no ser porque con feliz iniciativa, un valido poderoso propuso que si bien podía seguir siendo sala que al paso de artistas diera representaciones, fuera también centro de reunión, donde los bailen de máscaras congregaran a las clases selectas de la capital.

La iniciativa prosperó y el temperamento criollo, amante del bullicio, unióse al espíritu alegre de los españoles, para hacer del Teatro Real un centro de solaz y diversión.

La estancia por aquella época de la bailarina “Cascabel”, además de aportar mayor afluencia de público, daba pábulo a la afición favorita de la ciudad: el comentario más o menos acerbo sobre la forzosa liviandad que las damas atribuían a— la que sin pudor servía de espectáculo.

Las que más presumían de enteradas, atribuían a la bailarina cuatro pretendientes asiduos: el gallardo teniente del Tercer Tercio, Enrique Vela, conde de Lezno; el patricio adinerado, Facundo Ordóñez, representante de la exquisitez social, y dos nuevos personajes de agitado pasado: el joven hijo del conde Ferblanc y el que había sido lugarteniente del mismo en épocas pretéritas.

Por eso, la entrada en la vasta sala de baile del Teatro Real de un alto y espigado pelirrojo, suscitó renovados comentarios: varios abanicos encubrieron labios que susurraban el nombre de Diego Lucientes.

Con su eterna despreocupación, el madrileño fingió, sin gran esfuerzo, que estaba por encima de todo comentario. Su mano válida, jugueteaba con los largos cordones del antifaz que llevaba colgando ante el pecho, una prenda muy del uso por entonces, ya que rara era la noche en que no hubiera baile de máscaras en alguna mansión señorial

Y los pardos ojos burlones del pelirrojo, iban recorriendo a la nutrida concurrencia. Había terminado “Cascabel” su representación. Sonaba la música de violas, oboes y clavicordios, y los alados compases de la gavota, invitaban a bailar.

Iban entrando enmascaradas, del brazo de sus galanes o familiares. Nadie pareció considerar vejatorio para la novia, que Enrique Vela, conde de Lezno, apareciera con ella y su hermano. Era natural y casi obligatorio que un oficial, en espera de casorio, galanteara a una bailarina. Y su prometida, una dama honesta., debía fingir ignorarlo.

La expresión de descaro en Diego Lucientes era tan natural en él, como la tonalidad de llama de sus cabellos. Por eso, nada tuvo de extraño que el poco paciente teniente Vela palideciera de enojo, al observar la prolongada mirada con que, complacido, Diego Lucientes detalló los encantos de la prometida del conde de Lezno.

Pero el madrileño no dióse cuenta del enojo del novio, porque otra persona estaba ya reclamando, su atención.

En un palco alto, Maruxa Lesqueira, conversaba animadamente con Cheij.

Y éste, como en anterior ocasión, sintióse molesto al ver entrar en el palco a Diego Lucientes.

—Bienvenido, don Diego — saludó, sinceramente, ella.

Cheij púsose en pie.

—Me permitiréis que me ausente, Maruxa. Es tarde.

—¿Tarde y empieza la noche, muchacho? — rebatió alegremente Lucientes—. Casi diría que soy aguafiestas. Llego yo, y te vas.

—Había ya antes anunciado mi propósito de irme—replicó Cheij.

Saludó y abandonó el palco.

Sentóse Lucientes a sus anchas, sonriendo zumbón:

—Casi me parece ser un suegro imponente. Y nada de eso tengo, como vos admitiréis sinceramente. Mis muchos defectos tendré, pero me rebosa por todos los poros la cualidad de discreción.

—Vos lo que sois es un pícaro inteligente. Muy distinto al conde Ferblanc.

—Os advierto que el hidalgo Lezama es inteligente maestro de nobles picardías.

—¿Sabéis que esta tarde tuvo él un gran atrevimiento?

—No me digáis. No es que considere al hidalgo Lezama un timorato pacato, pero...—Y la alegría que las muchas libaciones producían en el madrileño, asomó a sus ojos cuando tras una pausa,

añadió, regocijado: —Pero, no me haréis creer que el conde Ferblanc vino esta tarde a haceros la corte.

—¿Por qué iba a hacerme la corte?..

—Siendo vos encantadora y él galante conocedor, quizá con agrado asumiera el papel de padre dispuesto al sublime sacrificio de disputar a su hijo vuestra amabilidad.

—No hubo tal. Vino casi amenazador. Sonreía... pero así de la misma manera deben sonreír los diablos cuando preparan hornada. Percibí que estaba molesto, porque su hijo se complace en mi compañía. Y perdió los estribos cuando le advertí que si como creo, él es “Pañuelo Negro”, tuviera buen cuidado de intentar atemorizarme. ¿De qué os reís con tanto goce?

—Me hubiera enajenado de satisfacción ver el semblante del hidalgo Lezama cuando le acusasteis de ser ese tal “Pañuelo Negro”. ¿Qué os hace suponer tal cosa?

—¿A quién inutilizó “Pañuelo Negro” en su primera aparición? A un capitán que había ofendido al conde Ferblanc.

—Cierto que ese es el caballo de batalla de los murmuradores. Pero, yo os doy palabra que no es el conde Ferblanc quien se oculta bajo negros tapujos románticos.

—El buhonero asegura...

—Por cierto, que a más de rendiros nuevo homenaje de admiración, vine a conocer al tal buhonero.

—No lo he visto. Pero prometió venir. Es original personaje. Pero, decidme, ¿tenéis querella con el conde de Lezno?

—¿Quién es ese?

—El teniente Enrique Vela.

—No.

—No deja de mirar hacia acá, y si a sonríe, a vos os asesta furibundas ojeadas.

—Soy inmune a toda clase de ojeadas... menos a las incendiarias de damita invitadora.

—Gracioso sería que después de batirse con Cheij, el teniente Vela os retara a vos. Me daría cartel. Ya sabéis... Cuantos más duelos origina una mujer, tanto más suscita envidiáis...

Diego Lucientes entornó los párpados:

—¿El teniente Vela retó a Cheij?

—Sí. Deben batirse mañana a las siete, tras la Ermita Vieja.

Sonrió divertido Lucientes. Además de la posibilidad de evitar que Cheij incurriera en el enojo del “coronel Lezama”, veía una propicia ocasión para su sempiterno deseo de aventura.

Esta vez, con voluntario y exagerado descaro, contempló la figura de la prometida del conde de Lezno.

El palco en que se hallaba, tenía una vasta antesala, recubierta de colgaduras, marcos dorados y tapices. Sitio recoleto que había albergado muchos amoríos y también peleas... o bruscas irrupciones de celosos.

—Si seguís mirando de tal modo, además de significar una descortesía para mí, conseguiréis que el teniente Vela... se enfurezca. ¿No veis que os lo anuncié? Miradle...

—Iré a verle de más cerca. Permitid un instante.

Bajaba Lucientes las escaleras, cuando regresaba Enrique Vela de acompañar hasta el umbral de la sala a su prometida, que con su hermano abandonaba la fiesta.

—Un momento, caballero—atajó el conde de Lezno.

_—¿Me lo decís a mí?—inquirió Lucientes, poniendo semblante de sorprendido.

—Sí. ¡A vos!—masculló el teniente, pálido y haciendo vehementes esfuerzos para contenerse—. ¿No podríamos ir a un lugar donde nadie nos estorbara?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Fuera donde fuese, siempre me estorbaríais.

—¿Buscáis querella?—irguióse, satisfecho, el oficial.

—Busco lo que se me antoja. Pero no os buscaba a vos, sino que vos sois quien al encuentro me salió.

—Tuvisteis la desfachatez de mirar con insistencia poco propia de caballero, a mi prometida. ¿Podéis decirme la causa de tal grosería?

—No hay grosería. Era muy natural que mirara a vuestra prometida.

—¡Caballero!

—¡Señor! Natural es la razón de mi sexo, que hizo que me gustara más mirarla a ella, que a vos.

—¡Al instante me daréis satisfacción por esa mentecatez insolente!

—Ya mismo. ¿Os parece bien la antesala del palco ele donde procedo? Un sitio ideal y que “Cascabel” agradecerá hayamos elegido.

Sombrío el semblante, Enrique Vela siguió en pos del desafiante madrileño.

Opuso Maruxa Lesqueira una falsa resistencia a que allá se ventilara la reciente enemistad. Pero, ante la apremiante súplica del oficial, aceptó.

El duelo fue breve. Era el oficial buen esgrimidor, pero su espada nada podía contra la maestría consumada de Lucientes.

Contuvo un grito de dolor, cuando el acero enemigo le atravesó el brazo derecho de parte a parte.

Solícito y sin burla, recogió Lucientes la espada del herido y envainándosela, hizo lo propio con la suya, para brindar:

—¿Os acompaño, señor teniente? La suerte me ha sido propicia esta noche. En otra, os desquitaréis.

—Puedo marcharme por mi propio pie—replicó el oficial. Pero tambaleándose tuvo que sentarse, mientras “Cascabel”, improvisada enfermera, rasgaba el jubón y con tiras de tela, formaba compresa que contenía la sangre.

—Yo os acompañaré—brindó ella.

Y esta vez, la oferta fue acogida afirmativamente.

Apoyándose él en los hombros de la bailarina, abandonó el palco, en el cual sentóse Lucientes, pensativo.

Había ya olvidado el reciente lance. Pensaba tan sólo en “el caballo de batalla”…

Si la próxima víctima de “Pañuelo Negro”, era alguien ajeno por completo al Pirata Negro… Y dióse palmada en la frente. Acababa de ocurrírsele una idea.

Y la asoció a la grata imagen de Consuelo Alvarado, deseosa de que alguien vengara la muerte de su hermana.

Al día siguiente, por la noche, Giacomo Morosini daba un baile de máscaras en su residencia.

Él acudiría… y ya sabría “marear” al embajador, con el menor riesgo posible. Era un baile de máscaras…

Partió a la media hora, cuando inútilmente esperó ver al misterioso buhonero.

Quería dormir largamente, a fin de estar en buena forma, para el

baile de máscaras del duque Morosini..

Capítulo V

Reclamaciones

Dormía muy placenteramente Diego Lucientes y beatífica sonrisa dilataba su boca de por sí grande.

Soñaba en Consuelo Alvarado, y murmuraba en diminutivo el nombre. Un nombré, que era presagio de bienaventuranza.

Borróse la sonrisa, alejóse la imagen soñada y sentado en el lecho, contempló Lucientes poco amablemente al que acababa de despertarle sacudiéndole por el hombro.

El Pirata Negro no ostentaba tampoco risueña faz.

—¿Qué te has propuesto, entrometido del demonio?—gruñó, a guisa de saludo, Lezama.

—¡Eso digo yo! Estaba soñando delicias y tu jeta nada tiene de deliciosa. ¡Despertar así a un inocente menestral, es crimen que amarga el día!

—¿Te has propuesto dejar en cuadro la guarnición de oficiales? Esta mañana diéronme parte de forzosa ausencia del teniente Enrique Vela, por indisposición. Después he sabido que anoche, en el teatro Real y es el palco de la “abilarina”, “embrochaste” al oficial.

—Cosillas que no autorizan a que me despiertes bruscamente y en plena madrugada.

—Son las doce y media.

—Madrugada para mí, que soy tía bajador nocturno. En fin, ya he descansado.

—No rehúyas la conversación. ¿Por qué retaste al conde de Lezno?

—Se quejó de que me gustase más su novia que él.

—Escucha, maldito estudiante. Yo estoy llevando el timón de

esta dichosa familia. Y tú, con genialidades quieres sacarme, de quicio. El virrey quiere que cesen los duelos... y tú provocas.. Debes dar ejemplo y te bates en el palco de una bailarina. ¿No tienes enmienda, don Diego?

—No tengo enmienda, si por tal entiendas que deje yo de divertirme inocentemente. ¡Córcholis! Yo soy un viudo respetable y...

—¡Acaba ya que nos conocemos!— Lezama depuso el ceño—. Te llamé entrometido, porque si tú retaste a Vela, fue porque sabías que esta mañana debía batirse con Cheij... Y Cheij es el hijo del coronel Lezama. En fin, cada uno tiene sus vicios y cualidades. Y dime, ¿quién es el nuevo acompañante de tu hija? Se me ha presentado ha poco, diciéndome que estaba contratado por ti.

—Ah... Había olvidado al cuidado. Es maestro jinete y de armas. Nada tiene de particular.

—¿No, eh? Tú has sido, sin duda alguna, el que ha aconsejado a tu preciosa niña el truquito.

—¿Truquito? Que me registren.

—A mi chacal quizá consigas encatusarlo con esos aires de virtud ultrajada, pero a mí no, pelirrojo.

Salió Lezama corriendo, y levantóse el madrileño para proceder a ruidosas abluciones, y tras secarse, y a medio vestir, empuñó un frasco del que bebió a gollete un sorbo.

Miró hacia la puerta, teniendo aun el frasco empuñado.

—Hola, Cheij. ¿Un chupito? Nada mejor para matar el gusanillo. ¿No? Ser abstemio es sublime renuncia. ¿Qué buen viento te trae?

—¿Por qué vos habéis herido al teniente Vela?

—Por la sencillísima razón de que lo preferí a que me hiriera él. Además, no me trates tan ceremoniosamente. Te gusta esta martingala, para demostrarme que estás enfadado conmigo.

—Os agradeceré que en lo sucesivo, me dejéis a mí ventilar mis propios asuntos.

—Vaya, vaya... Te notifico, mocito, que tengo autoridad y años para llamarte mocoso imaginativo. ¿A mí qué me va ni me viene en tus asuntos?

—Yo estaba apalabradlo con el teniente Vela.

—¿Y a mí, qué? Me molestó y no iba a pedirte permiso para cruzar aceros ¿Te enteras, buena mozo? Por mí puedes pelearte con

tu propia sombra. Ni sabía yo que estabas apalabrado con el oficial. Otra vez, por si acaso, comunícamelo.

Parecía sincero el madrileño y le creyó Cheij, que, no obstante, continuó, ceñudo.

—¿Podéis, don Diego, explicarme quién es ese caballero que ha estado la mañana entera dando compañía a vuestra hija?

Enfundóse Lucientes la casaca y mirándose al espejo, alisóse los cabellos.

—Me encuentro cada día más joven, más guapo y arrogante. Y escuchadme atentamente, don Cheij Lezama. Para poder conversar conmigo, hay que hacerlo a la pata la llana. A mí no me des "vos" porque estoy sordo. Tú estás enamorado y en la edad del pavo, y así estás de tonto.

—¡Yo quiero a tu hija y no voy a consentir que por una mala interpretación, pretenda ella hacerme sufrir!

—¿Te hace sufrir? Pero si es la bondad personificada.

—A veces... a veces, te saltaría encima y te destrozaría —murmuré Cheij, brillantes los ojos de ira—. ¡Tú tienes la culpa!

—¿Yo? Vaya. Esta mañana, todo son reclamaciones contra la inocente conciencia de un honesto menestral de la pluma.

—Tú has contratado a ese hombre que no deja a Gabriela ni a sol ni a sombra. Y ella se ríe, apenas el otro habla. Parece disfrutar con su compañía. Llevo dos horas conteniéndome, porque esta es la casa de mi padre y no quiero que él se enfurezca conmigo.

—Veamos si logro comprenderte. ¿Qué sucede de anómalo?

—¡Ese horrible que acompaña por doquier a Gabriela!

—Ah... ¿Te refieres al maestro García? Un ser inofensivo. Un maestro de armas y equitación.

—¿Por qué acompaña a Gabriela?

—Toma... ¿Por qué acompañas tú a "Cascabel"?

—Por mutua afición.

—También Gabriela se deleita en la compañía del bizarro García, por mutua afición. Los caballos y las espadas han sido los favoritos juguetes de mi niña.

—Pero... ¡él es un hombre!

—Creo que sí. ¿Y qué?

—¡Yo soy el novio de tu hija?

—Eso, díselo á ella. Tu afición te hace acompañar a "Cascabel" y

te pareció injusto que mi portento de hija te lo recriminara. ¿Con qué derecho puedes tú recriminarle el ir con el maestro?

Cheij, prietos los puños, avanzó un paso.

—Soy dócil, Diego Lucientes, pero no te confundas. No juegues conmigo.

—Cuidadito, doncel. Te advierto, gallardo mancebo, que a mí no me vengas tú con monsergas ni actitudes de gallito, porque si tú te has buscado este bollo, tienes que comértelo, aunque se te indigeste.

—¿Pasa algo?—intervino Lezama, entrando.

Su llegada fue providencial. Cheij depuso su actitud retadora, y también Lucientes volvió a ser el risueño truhán.

—Pasa que tu encanto de niño es amante de la ley del embudo. Desconoce aquella realidad de que lo que para uno no se quiere, no debe imponerse a los demás. Protesta por la afición de mi hija.

—¡Él, con intención, eligió un joven maestro de armas! ¡Es una treta suya, porque Gabriela no habría cometido esta iniquidad! ¡Eso ocurre, padre!

—“Cascabel” ni es vieja ni tuerta, chacal. Si me quieres admitir un consejo, vas a tener el valor que tenemos los valientes, de reconocer algo difícil. Triste condición la del hombre, que teme que su virilidad sufra menoscabo, si a voz en cuello proclama que adora y siente celos. Veamos, hijo. ¿Tú quieres o no a Gabriela?

—¡Con toda mi alma!

—Pues entonces, nada de dignidades absurdas y desplazadas. La mujer es frágil y como a tal hay que tratarla. Hay que ser caña de azúcar ¿sabes, hijo? Azúcar a tiempo, caña a tiempo, Y ahora, el azúcar lo has de poner tú, que por inconsciencia heriste el amor de Gabriela. ¿Estás dispuesto a hacer lo que yo te diga?

—Manda, padre. Tú sí que sabes entenderme.

—También don Diego, hijo. Lo que pasa es que él se divierte con el vuelo de una mosca y con la tragedia mayor. Pero en el fondo, también él sufre como yo, temiendo que por enojo, pueril, su hija estropee un bello romanee. ¿Es o no así, don Diego?

—Así es, pero tu hijo tiene una sangre que bulle mucho.

—A mucha honra, que es la mía— sonrió Lezama—. Escucha, buen mozo. Acaba de irse el maestro. Llégate cerca de Gabriela y hazte humilde, que no es humillación, que mayor talla tiene el que

sabe arrodillarse a tiempo ante una mujer herida en su amor.

—Me arrodillé y me chilló—replicó Cheij, infantilmente.

Miró Lezama a Lucientes, riendo.

—¿Te acuerdas, don Diego? Esto nos rejuvenece. Así peleaban ellos dos cuando no alzaban tres palmos del suelo. Si te chilla, hijo, aguanta. Déjala chillar y cuando termine, reconócele la razón. Dile que está mucho más favorecida, cuando, cariñosa. Dile... ¡caramba! ¿Eres o no mi hijo? Pues ¡duro y a la parla! Que yo en casos semejantes me vi y supe ser seda, que lo galante no quita lo machito. ¡Ahueca, hijo! ¡Y a conquistarla, que lo está deseando!

Partió corriendo Cheij.

—Enternecedor, enternecedor — murmuró Lucientes, burlón—. Consejos de papá al malo del hijito.

—Espero que tu hijita no sea mula, y... Moderemos el lenguaje, don Diego, que tenemos a los otros forzados a escoger las palabras... aunque por las noches se desahoguen en la partida de naipes, que con tanta maestría diriges. Mano a mano y cura a cara, estudiante, ¿no es hermoso vivir, cuando tú y yo, tenemos cariños que perpetuarán nuestra difícil raza?

—Deseando estoy ya oír repicar las campanas de boda. Porque tu hijo tiene un endiablado genio.

—¡Pues y que tu hija es un merengue! No rechistes, que tal como son, no, nos cambiamos por padres ajenos. Míralos...—Y acercándose a la ventana abierta, señaló Lezama el jardín—. Pareja más linda no la hubo... desde que Mireya y yo nos arrullábamos.

—Un día morirás ahogado de tan-la modestia.

En el jardín, Gabriela Lucientes simuló no ver acercarse a Cheij, cuya llegada estaba ansiando.

El hijo del Pirata Negro estaba mentalmente repitiéndose los consejos de su padre: “Azúcar a tiempo... Absurdas, dignidades... Mayor talla tiene el que se arrodilla ante mujer herida en su amor... Lo galante no quita lo macho”...

—Hermoso día, ¿verdad?—comentó inesperadamente, después de haber preparado distintas frases grandilocuentes.

—Hermoso día—admitió, generosamente, Gabriela.

—¿Puedo... puedo sentarme a tu lado?

—Si así lo quieres — replicó ella.

—Pero ¿por qué?—exclamó Cheij, sentándose.

—¿Por qué, qué?—retó ella.

—¿Por qué... no sé encontrar palabras que te hagan comprender que sufro?

Pretendió ella por pura fórmula, forcejear con afán de liberación de sus dos manos aprisionadas.

—Tienes que perdonarme si inconscientemente, atendiendo a un impulso, visité a “Cascabel”. No la veré más. Sólo tu cariño me importa y sólo tus sonrisas me hacen vivir, Gaby. No seas mala... no te vengues, haciéndome padecer con tus desdenes... ¡De rodillas, que mayor es la talla del enamorado que suplica, te pido sonrías perdonándome!

Miraba ella hacia lo alto y vio en la terraza las figuras de Carlos Lezama y Diego Lucientes. Éste hacía señas que ella rápidamente interpretó, porque llenaban su deseo.

El pelirrojo hacía la señal cristiana de absolución

Te perdonó, Cheij..., Pero nunca más, nunca ¿te enteras? me harás sufrir. Yo he padecido mucho

Cuanto se dijeron por espacio de media hora, era eco mutuo. Radiantes los rostros, vivían renovadas emociones

—Y... ese García no viene más, ¿eh, Gaby?

—¿Quién, es García? — preguntó sinceramente. Y rió al recordar que así se llamaba el joven maestro de armas—. ¡Ni sé cómo es!

—Le mirabas.

—Pero te veía a ti. No vendrá más,

El Pirata Negro empujó con el codo a Lucientes.

—Paces, Que sean duraderas. Son muy jóvenes.

—Pero para remediar ese defecto estamos nosotros. Además, la juventud es un defecto que con los años se corrige. Pero ¡ah, quien tuviera veinte años!

—Lo innegable es que tu corazón los tiene, estudiante. Bueno, vamos ya por la pitanza.

—¡Chttt, chttt!—reprochó Lucientes—. Decid, señor conde, que la comida está servida... aunque entre nosotros, admito que resulta mucho más apetitoso pensar en la pitanza,

Cuando entraban en el comedor, Mireya de Ferjus., que se hallaba ya en él, tendió una hoja escrita.

—Mi carta a Humberto, contándole nuestra actual vida. Y, una vez más, insisto en que le aguardamos.

Mientras Lezama leía las cariñosas frases de Mireya á Humberto de Ferjus, que en su última carta daba como dirección un principado germánico, pensó Lucientes, en el lejano violinista aristócrata,

Y mentalmente, recordando lo antipático que le resultó, lo tildó de “botarate afeminado”.

Un día u otro llegaría, tal como anunciaban sus respuestas a las cartas de Mireya y preveía Lucientes, nuevas complicaciones.

Pero por el instante, al igual que Mireya y Lezama, miró complacido a la pareja que entrando, parecía andar sobre nubes.

Mireya pensó en que el amor compartido realiza milagros. ¿Quién podía reconocer en el aniñado Cheij, al melancólico y cruel pirata del “Islam”? Y sin saber por qué, tembló... Si algún día faltara el amor de Gabriela... podía de nuevo Cheij convertirse en la fiera de hirviente sangre y aullido estremecedor.

Capítulo VI

Una partida animada

—¡Arrastro de sota y perezcan los apocados, malos dengues me zurzan!

—¡Montó de caballo, que a "Pencas" nadie me echa la pata, opino yo!

—¿Es manco el rey, angelitos? ¡Voto al cuerno quemado, que aquí mando yo!

—Mandabas, Juanelo. ¡Que este as de bastos, echa lumbre, como los ojos de "Cascabel"!

Y Diego Lucientes aplastó las cartas sucesivamente abatidas por Lucio Agudo, Ambrosio Bustamante y Juan Pérez, colocando encima de ellas el as.

Como todas las noches después de la cena, en la bodega, enfrascábanse los cuatro piratas con Diego Lucientes en animarla partida de naipes, donde daban rienda suelta a la contención diurna de lenguaje.

"Cien Chirlos", que estaba de repartidor y por tanto no jugaba, había progresado notablemente en mejoría de humor. La dicha reinante, le producía euforia.

Y en vez de gruñir, prefería hacer —ruñir al navarro "Pencas", convirtiéndole en blanco de pesadas chanzas.

Siguió la partida, con abundancia de palabrotas, que al decir de Lucientes, rascaban la garganta deliciosamente, produciendo sed.

Eran las once,.cuando "Cien Chirlos" insinuó:

—Hora es de ir a arrullar a la tórtola, don Ambrosio. Los hombres casados tienen obligaciones que cumplir.

Los otros dos piratas rieron a carcajadas, mientras el navarro tendió hacia el lugarteniente un índice amenazador:

—Te crees gracioso, y eres un cafre, opino yo. ¡Os metéis siempre con mi Carmen! Pero ya me vengaré... que también os tocará el casaros, imbéciles. Yo opino que al más pintado, le crecen...

—¿Qué le crecen? — interrumpió Juan Pérez, el presunto gracioso—. ¿Las muelas de envidia? Porque las cosas, ¡qué cosas!— y suspiró—, hay que reconocerlas como son, y tú Carmen es bocado de los finos.

—¡Te parto la boca como...!

—Haya paz—intervino Lucientes, que actuaba siempre de árbitro—. Vuesas mercedes en lo tocante a delicadezas, tenéis la misma que una manada de elefantes correteando en tienda de loza. Amigo Juanelo... La esposa de Ambrosio, es maja, honesta y de lo mejorcito que corre por el mundo. O sea que razón tienes al envidiar al navarro. Y tú, “Pencas”, razón tienes al enfadarte. Y como tenemos razón, a otra cosa, mariposa. Barajas tú, Lucio.

Renació la calma.

—¡Anuncio las veinte en oros!— exclamó, triunfalmente, Ambrosio Bustamante.

—¿Eh? — gruñó “Cien Chirlos”, francamente escandalizado—. ¿Qué dices, palomo?

—¡Las veinte en oros!—repitió el navarro, pegando un puñetazo en la mesa—. Yo opinó que si vamos a desconfiar...

—¿Y eso cómo va a poder ser?— preguntó, intrigado, “Cien Chirlos”, mirando con pasmo sus propias cartas, y con indignación al navarro.

—Pues siendo... Las veinte en oros, con el rey y el caballo de los discos de oro, son veinte. ¡Apoquina veinte ochavos!

—¡Será sinvergüenza el tipejo, ese! —masculló “Cien Chirlos”.

—¡Aquí no hay más sinvergüenza que tú!

—Seamos sinceros—reconoció Lucientes—. Los cinco, naipes en mano, tenemos escasez de vergüenza. ¿Qué sucede, don Marcelo?

—¡Eso, señor Lucientes!—vociferó “Cien Chirlos”, tirando sobre la mesa un rey de oros que extrajo de su mano dé naipes—. ¿Cómo cien mil pares de cuernos satanescos, canta este bandido las veinte, teniendo yo el rey?

—¿Y esto es una mona disfrazada?—bramó el navarro, abatiendo con estruendo su rey de oros.

—Trampa—dijo solemnemente Juan Pérez, recogiendo sus veinte ochavos que estaba pagando.

—Trampa—repitió dignamente Lucio Agudo, con la misma operación.

"“Cien Chirlos” y Ambrosio Bustamante mirábanse como dos gallos dispuestos picotearse.

—Reyes abundan — sentenció Lucientes—. Y como éstos no hablan, difícil es determinar su legitimidad. Yo barajé, y pude pues intercalar naipe de más. También pudiste tú sacarlo de la bota, “Pencas”, o tú, don Marcelo, por descuido extraerlo de la camisa. Sigamos el buen ejemplo de los antiguos estoicos, y ante la duda, abstengámonos. Propongo el cese de la partida, porque tengo que hablaros y ausentarme. Trato hecho.

Cesaron en sus belicosas miradas los dos poseedores de un idéntico naipe, recogieron todos sus monedas, y miraron a Lucientes, repentinamente interesados.

—Habéis oído hablar de “Pañuelo Negro”, ¿verdad, compinches?

Asintieron unidamente.

—Bien... Hemos de juramentarnos... Extended las diestras.

Levantóse “Cien Chirlos”, algo cohibido.

—Perdona, señor Lucientes, pero debo irme a dormir. Yo... soy lugarteniente de nuestro jefe, y no puedo juramentarme en nada que se refiera a “Pañuelo Negro”. Nuestro jefe me comería los hígados, si yo... sabiendo algo, no se lo decía. No sé nada de nada, y me voy.

—Actitud noble que apruebo, don Marcelo. Felices sueños.

Cuando hubo partido el aragonés, continuó Lucientes:

—Juramentados quedamos los cuatro de que lo que ahora digo, no se repetirá. No es hombre quien se desdiga.

Repitieron los otros la frase última. Les gustaba cuanto oliera a misterio y pelea.

—Nadie sabe quién es “Pañuelo Negro”, pero han dado en comentar que podría muy bien, ser nuestro capitán. Por tanto, si “Pañuelo Negro” atacara a persona que nada adeudara a nuestro jefe, sería buena cosa, ¿no es así? Yo no.soy “Pañuelo Negro”... Ya podéis sonreír, incrédulos. Me da igual. Desde mamoncete me rodea la mayor incomprensión. Mi propia nodriza me acusaba de descarado y abusón. Al grano... Esta noche estaré ausente, pero

mañana juraréis que permanecí con vosotros hasta las doce bien dadas, y me quedé hasta las tres aquí dentro. ¿Trato hecho?

Aprobaron los tres, retirando sus manos. Levantóse Lucientes ciñéndose el cinto, y recogiendo del interior de su tricornio, un antifaz de seda.

—Voy a un baile de máscaras. Insisto en que no soy "Pañuelo Negro" ni pretendo engañar a nuestro jefe, como superfluo resulta que os lo indique. Quiero tan sólo marcar a un cerdo, y que a la vez, empiece a pensar nuestro jefe, que "Pañuelo Negro" puede muy bien ser alguien ajeno por completo a esta casa patriarcal. Abur, compinches.

Cuando ya se había marchado Lucientes, volviéronse a sentar los tres piratas, con aires de conspiradores.

—Es él—dijo, al cabo de un instante, Juan Pérez.

—¡Olé! Es un "salao" el señor Lucientes—aprobó Agudo.

—Era natural. Nosotros, los hombres de pelo en pecho, tenemos amor por el riesgo. Yo opino que el señor Lucientes, aburriéndose, está "marcando" a tipejos malvados. Bueno..., y sin risitas ni cucamonas, ¿eh, imbéciles?.. me voy a acostar.

—Feliz tú, que estás ya prefiriendo la alcoba a la bodega.

—Cásate. Yo opino, que tanto hablar mal de los casorios, y quienes así hacen, son mequetrefes que no saben llevar riendas, porque las esposa sale como la hace el marido.

—Tú, puedes presumir, porque te salió buena. Pero hay hombres a los que sin culpa, les sale ella rana.

—Pues al agua, después de retorcerle el cogote, y asunto acabado. La rana no croa más... Y eso de croa no es invento mío, que tengo libro donde debajo de una rana, dice bien claro que el ruido que lanza por la tripa es un "croído", puesto que la rana croa. Yo opino, que ganáis mucho con mi cultura.

Ufano, marchóse el navarro, para poco después ser acogido con amoroso abrazo por su esposa Carmen, que actuaba durante el día como doncella de Gabriela, y también de cocinera.

Después de prolongadas efusiones, el navarro, tendido boca arriba, escuchó las elogiosas frases de su esposa, que incansablemente le atribuía todas las perfecciones.

No quiso pecar de egoísta y a su vez alabó:

—Cierto que tengo mucho talento. Yo opino, que sí, puesto que

eres mi esposa.

—¡Ay, Ambrosio, qué majo eres!— suspiró ella.

—¡Mujer!—regañó él.

Contrita, intentó ella remediar su fallo. El navarro, harto de que en burla, los otros le prodigaran su nombre, había decretado que para su esposa, y su solo uso, se llamaba “Broncho”, que era arreglo que le sonaba a genial.

—No lo haré más, Broncho. Y antes que te duermas, quisiera yo decirle algo si me prometes no enfadarte.

—Yo opino que sólo prometen de antemano, los que poco valor dan a las promesas. Desembucha, mujer, y luego juzgaré.

Ella acurrucóse, zalamera, junto al robusto navarro.

—Yo... creo que sé quién es?‘Pañuelo Negro”.

—¡“Aiba” la vaca! ¿También tú sabes de esto?

—Todo el mercado comenta. Y... dicen que de esta casa debe ser. Alguien dice que no... Y yo creo que sé quién es... Alguien que para vengar a nuestro jefe, se tapó la cara...

—¿Quién?

—¡Tú!

Sobresaltóse el navarro, sorprendido. Casi fue a estallar en incontenible carcajada. ¿“Él “Pañuelo Negro”? No había oído nunca nada más absurdo.

Pero el gnomo vanidoso que alienta en todo hombre ante la mujer, hizo que Ambrosio Bustamante adoptara un semblante majestuoso, para decir:

—Calla y duerme, que hora es ya, mujer. Y para nada me cites a ese enmascarado. Yo opino que de lo que nada sabemos, mejor nos vale no chapurrear... A callar y a dormir, mujer, que mañana será otro día.

El abrazo de ella fue significativo. Sentíase orgullosa de ser la esposa del que muy bien podía ser “Pañuelo Negro”.

Y Ambrosio Bustamante, poco tardó en roncar, pero antes meditó en un pelirrojo espadachín dirigiéndose con ancho antifaz negro, al baile de máscaras del duque Morosini.

Giacomo Morosini, después de actuar de anfitrión que recibe a las visitas importantes, abandonó las dos salas donde profusión de máscaras formaban la peculiar algazara que el dios Momo permite, para dirigirse a su salón particular.

El embajador de la Serenísima República de Venecia en Latacunga había llegado años antes, con su propia corte. En ella, contábanse sus particulares sicarios: cuatro "bravi" sicilianos, hábiles y sinuosos.

Y esos cuatro bravucones eran los que aguardaban en el salón privado;

—No ha venido ningún sospechoso, Magnífico—dijo el más viejo de los cuatro, en italiano—. Cada uno de nosotros, bien apostados, hemos vigilado como sabemos. Todos cuantos asisten, son los que dieron sus invitaciones.

—Bien, Ferruccio. Pero no hay que olvidar que Diego Lucientes, que es quien firma como "Genoveva Lirio", me ha señalado al bandolero del negro pañuelo de seda. Y corren rumores de que "Pañuelo Negro" puede ser el conde Ferblanc o su joven hijo, ambos grandes espadas. Maestro soy en florentinas tácticas y presiento que Diego Lucientes, si me señaló a mí al bandido, fue para apartar sospechas de los citados. Vigilad bien y ya sabéis la seña. Quién no lleve invitación entrará, pero el mayordomo os lo indicará. Haced la seña, que no os pierdo yo vista de encima. Y me retiraré a esta misma sala, dejando abierta la puerta. Si el que no lleva invitación y cree aprovecharse del baile de máscaras, viene con la intención de humillarme, tratará de cogerme a solas. Sabéis, pues, que cuando de nuevo venga hacia aquí, estaréis ya esperando, bien escondidos, pero dispuestos a actuar, apenas diga yo: "*¡Peccato, che me dispiacce!*". Apresad a quien esté conmigo, pero sin herir ni matar. Quiero ser yo quien desenmascare a "Pañuelo Negro". Y vendrá esta noche, porque más propicia no puede ser la ocasión. Id a vuestros sitios.

En la suntuosa residencia palaciega de Giacomo Morosini, cuyos mures habían presenciado tantas orgías, varios lacayos, con librea de abigarrada policromía que reproducía los colores venecianos, formaban doble hilera desde la escalinata hasta el umbral.

Al extremo y como cerrando el paso, hallábase un mayordomo de monacal continente. Éste, discretamente, tendía la enguantada mano cuando ante él pasaban enmascarados recién llegados, quienes depositaban en ella las invitaciones.

Un alto enmascarado, de flotantes ropajes negros y ancho antifaz que le cubría por completo rostro y nuca, encasquetado un tricornio

azul, pasó por delante del mayordomo, quien repitió insistente la oferta de su mano.

Diego Lucientes, interpretando equivocadamente el gesto, murmuró, opaca la voz por la seda del antifaz:

—Conservo el “cubrecabeza”, porque soy friolero, amigo.

Entró sin percibir que el mayordomo hacía una señal a un individuo colocado cómo por azar cerca de él.

Y la señal avisó a Giacomo Morosini, quien abanicábase con el antifaz ensartado al extremo de larga varilla de nácar.

Giacomo Morosini, siguió pareciendo un sátrapa amable, gran señor, de apostura noble, sonriendo y saludando, cuando era interpelado por máscaras.

Había muchos disfraces de color negro. El que avanzaba cubierto de azul tricornio, no se distinguía de los demás, en aquella profusión de colores, luces, ruidos y algarabía.

Fue Giacomo Morosini caminando con lenta negligencia aparente, hacia la otra sala y atravesándola, penetró en el ancho corredor que conducía a su salón privado.

Un salón privado muy estratégicamente alejado, para que ningún ruido ni protesta pudiera ser oído.

Andaba con lentitud, para dar tiempo a que sus cuatro esbirros, que en más de una ocasión habían perpetrado crímenes, por orden suya, pudieran elegir la acertada posición de espera.

Entró en el salón cuya puerta ex profeso permanecía abierta y así la dejó. Luego, dando la vuelta a la monumental mesa, sirvióse, en lujosa copa de cristal de Murano, un licor ambarino, que fingió mirar al trasluz contra el fondo de un farol de diamantinas facetas.

La puerta acababa de cerrarse, y adosábase a ella una negra silueta de tricornio azul.

—Buenas noches, Magnífico— saludo Lucientes, enmascarado—. Creo que es el título que en vuestra tierra os pertenece.

—Buenas noches—contestó, calmosamente, Morosini.

Le tranquilizaba la presencia de sus cuatro esbirros, ocultos tras los cortinajes que pendían a ambos lados de la.puerta.

—¿Queréis una copa del más legítimo “muscat”?—añadió, como anfitrión que no se extraña de que uno de sus invitados venga a visitarlo.

—Lo que quiero, Magnifico, ahora que cerrada está la puerta, es

anunciarte que eres un indigno sujeto.

—Fuerte calificativo, para quien lleva rostro cubierto, señor—replicó ni veneciano, irguiéndose—. ¿Quién sois y a qué habéis venido?

—Soy un romántico sin remedio, y he venido a agujerearte la pelleja, que en vez de sangre Soltará seguramente bilis, veneno, linfa y pus. Esta es, sin duda, la salita donde conquistabas tontuelas embriagadas, magnífico cerdo.

—Vuestro léxico es de baja clase, enmascarado, y por cierto que…—Y alzando la voz, lanzó el italiano la contraseña, que pareció exclamación de disgusto: "*¡Peccato, che me dispiacce!*".

Los cuatro esbirros, bien preparados y diestros, actuaron con una pasmosa celeridad. Antes de que Lucientes pudiera ni siquiera darse cuenta, quedó inmovilizado por cortos lazos que aprisionando sus antebrazos y sus tobillos, le mantuvieron reciamente petrificado.

Bebió el veneciano la copa que hasta entonces mantenía en alto ante su pecho, y al apurar el exquisito licor, ordenó:

—¡Afirmadlo en el sillón rojo! Demostraba también larga práctica la rapidez con que los cuatro esbirros sujetaron los tobillos de Lucientes a las patas del sillón y sus antebrazos a la espalda, torciéndolos y atando los cabos en la gruesa columna que podía creerse un simple adorno del suntuoso y muelle sillón.

—Tengo el privilegio—dijo Morosini, avanzando—de ser yo mismo el que mañana, en mi pospuesta visita al virrey, le anuncie que donde duerme España, vigila Venecia. ¡Fuera el antifaz, "Pañuelo Negro"!

Capítulo VII

El suplantador

La mano del veneciano avanzó y casi semejó un bofetón el gesto con el cual arrancó del rostro de Lucientes antifaz y tricornio.

Por un instante, el duque Morosini pareció sorprendido. Después, una mueca sardónica distendió sus gruesos labios.

—Rojos cabellos, sonrisa de pícaro desvergonzado, ojos burlones de pardo color.—Y a la vez que iba detallando al prisionero, chocó su puño contra el busto de Lucientes a altura del corazón—y armadura de hierro. Eres, pues, el osado Diego Lucientes.

—Soy, pues, el Diego que se creyó cazador.

—Poca habilidad tienes para ser un bandido que en vilo mantiene la esperanza de los amantes de leyendas donde el mal es castigado y recompensada es la virtud. Ha terminado tu carrera, “Pañuelo Negro”.

—¿Quien está tras de mí?—inquirió Lucientes, como si pretendiera ver a alguien.

Los cuatro esbirros, expectantes, estaban de nuevo junto a la puerta.

—No pretendas emplear aquí mordacidades que podían servirte con la fácil pluma de “Genoveva Lirio”. Tú eres “Pañuelo Negro” y poca inteligencia tienes, cuando menospreciaste la calidad del que tú mismo señalaste como próxima víctima del defensor de causas perdidas.

—¡Yo que voy a ser el tal! No seas optimista, Magnífico, y comprende que si bien yo he demostrado ser un lirio que se creyó tunante, “Pañuelo Negro” tiene más “clase” y lo tendrá todo muy bien dispuesto, para que no le cacen como a un incauto gorrión, que eso es lo que yo soy, ton todas mis ínfulas de listo. Debí comprender

que un magnífico cerdo como tú, tendría escolta de matarifes.

La diestra del veneciano en blando bofetón ominoso, cruzó el rostro de Lucientes repetidamente,

—No estás tú en situación de ser impertinente.

—La situación no hace al caso. Que yo le sacaré la lengua a Perico Bollero cuando me pinche con la horquilla. Y tú eres un pobre diablo, Morosini. Hasta tus bofetones son sucios, blandengues, faltos de energía. ¡Pega fuerte, señor duque! Al menos que una vez tengas la ocasión de pegar a un hombre, pareciendo otro.

En alto el puño, iba el veneciano encolerizado, a descargar recio manotazo, cuando reprimiéndose, hizo su característica mueca.

—Estos españoles... — murmuró, suavemente—. Orgullosos, bravucones, insolentes: Os vence la inteligencia de los demás.

—Lo que nos vence es la traición y el engaño, porque, Magnífico, tú y yo a solas, y tu peluca te la ibas a comer.

—Brutales, violentos, incorrectos...

—Oye, encanto—dijo con desgaire, el madrileño—. Que no he venido aquí a que me des lección, de cualidades raciales.

—De nada te sirve tu cualidad de español. Entraste con intención de malherirme y cuatro testigos tengo. Tus ropas... ¡y eso!...—y a la par que así exclamaba, el veneciano extraía del fondo del tricornio que había quedado en el suelo, boca arriba, un pañuelo negro de encajes...— ¡y eso! bastan para que sufras el castigo que corresponde a bandido que intentaba herir a embajador. ¿Y sabes el castigo?

—Hablemos de otra cosa ¿quieres? —gruñó Lucientes, enojado —. A mí no me cortarán la única mano de “dátiles” vivos que me queda, ni me chamuscarán la frente, ni para festejo último me descuartizarán, por la muy sencilla razón de que ni soy “Pañuelo Negro”, ni te he tocado... por desgracia, que otro gallo me cantara.

—¿Y eso?—inquirió Morosini, agitando ante el rostro de Lucientes el pañuelo negro de encajes, que el madrileño había comprado aquel mismo día.

—Prenda de amores que dióme viudita inconsolable, a mí que viudo soy con deseos de dejar de serlo.

—Tus excusas son pobres. ¡Ferruccio! Tú y Sponza, id en busca de soldados y oficial del virrey, para que se hagan cargo de la

custodia de este bandido.

Salieron los dos interpelados.

Diego Lucientes, furioso, se veía ante la iracunda mirada del Pirata Negro, reprochándole enturbiar la pacífica senda de “hogar, dulce hogar”...

—¡“Pecatto morto, que me revientati”!—exclamó él madrileño —. No seáis impulsivo, embajador. Ni soy “Pañuelo Negro, ni vine a otra cosa que tratar de vengar a una desconocida, cuya bella hermana me inspiró la romántica veleidad de jugar a malos y buenos.

—Ah... El brioso español parece implorar misericordia.

—¡Calla ya, sapo! Estás metiendo el remo hasta el corvejón y quiero evitarte un ridículo de los de órdago. El virrey te soltará un aluvión de puntapiés en los fondillos, cuando tú, espetándole eso de que España duerme y Venecia se pasa de lista, le hagas creer que yo soy “Pañuelo Negro”.

—¿Quién lo desmentirá?

—¡“Pañuelo Negro!”. Es de pura lógica, duque Morosini. Y para un talento como tú, que tanto presume de serlo, te sentará como una coz en la espinilla, cubrirte de ridículo. Dirán que sueñas con negros pañuelos y que el miedo te hace ver visiones. Dirán

—¡Muzio, Carracioli! Id a vigilar. Puede este hombre tener algún cómplice en la sala.

Los dos esbirros que quedaban, salieron, cerrando la puerta. Giacomo Morosini, reflexionó.

—Eres listo, español. Sembraste la duda. Pero sólo tú puedes ser “Pañuelo Negro”. Eres familiar del conde Ferblanc. Firmaste la crónica, insultándome...

—Por ahora eres el amo, Morosini. Pero ya “Pañuelo Negro” te hará picadillo y tus monstruosidades no se repetirán. Aunque no te alcance “Pañuelo Negro”, el virrey te dará la gran patada, porque tiene las pruebas de tus infamias y España parece dormir, pero es como el león seguro de su fuerza. No le gusta que le pisen el rabo á traición.

—¿Qué dices?

—Que el virrey tiene las pruebas de tus canalladas y por más embajador que seas, vas a regresar a tus canales, donde ni para gondolero te contratarán, porque allá te exigirán cuentas de tus

villanías...

La cólera, creciente en e] veneciano, desfogóse con recio puñetazo que descargó sobre la cabeza del prisionero.

Un golpe que, si bien duro, no habría privado de sentido a Diego Lucientes, que otros muchos más fuertes había encajado, blasonando de mollera dura.

Pero la mano cargada de sortijas, tuvo la reciedumbre de un puño de gladiador romano.

Iba el veneciano a repetir el golpe, pero la doblada cabeza del prisionero y la sangre que le manaba del cráneo, detuvieron al agresor.

Una mueca cruel torció los labios de Giacomo Morosini, que trocóse repentinamente en mueca de espanto, cuando la puerta que había girado suavemente reveló una silueta negra, de flotantes ropajes y con negro pañuelo de tupidos encajes cubriendo el rostro.

—¡“Pañuelo Negro”!—balbució el veneciano, retrocediendo.

—Esta vez, sí anunció el recién llegado—. Yo tenía invitación, duque Morosini, y esperé la propicia ocasión. Tengo el placer de comunicarte que tus cuatro asesinos no podrán decir a nadie que tú creíste que “Pañuelo Negro” era Diego Lucientes. Ferruccio y Sponza yacen cuello abierto y con tres cortes en la mejilla. Igual suerte han corrido Muzio y Carracioli. Y ahora... prepárate a morir, duque Morosini. Tus crímenes son imperdonables, porque son cobardes y vergonzosos. Eres baldón de tu patria y escarnio de España. ¡Desenvaina!

Intentó el veneciano gritar, pero la aparición escalofriante, la voz opaca e inexorable, el destello del desnudo acero en la mano enguantada de negro, la ambigua apariencia de “Pañuelo Negro”, todo ello contribuyó a obnubilar Su cerebro, donde martilleaba la conciencia de la inutilidad de gritar en aquella sala elegida y amueblada para sofocar todo ruido.

Desenvainó dispuesto a tratar de alcanzar la puerta, para huir de la negra figura que le parecía estatua de Némesis fantasmal...

Al primer contacto de los aceros, sintió algo quemante arañando su mejilla. Asestó estocada, pero ya la negra silueta, con absoluto dominio de esgrimidor, paraba, contraatacaba y por dos veces más, sintió Morosini, el arañazo hiriente.

Gritó como un poseso, viendo acercarse la muerte. El grito

quedó truncado en su garganta atravesada de parte a parte.

Apenas había caído al suelo, cuando su ajusticiador, a la vez que envainaba, colocaba sobre el pecho del agonizante, un negro pañuelo de encajes, insertándolo entre dos broches.

Y "Pañuelo Negro" procedió a desatar a Diego Lucientes, que continuaba desmadejado y sin sentido.

Varios invitados qua iban en busca de Giacomo Morosini, no se fijaron siquiera en dos máscaras negras, que por su lado pasaban. Una de ellas, parecía abrumada bajo el peso de un desmadejado individuo de cabeza cubierta por tricornio azul. Ambas tambaleábanse como excesivamente bebidas.

Y nadie tampoco paró mientes en la natural pareja de amigos, enmascarados y ebrios, que, dando traspiés, dirigíanse al lugar donde los caballos, en larga hilera, estaban atados a pesebres bien provistos.

La tarea de subir a Diego Lucientes a la, silla resultó pesada. Poco después, conduciendo por la rienda al caballo sobre el cual Diego Lucientes semejaba dormir abrazado sin fuerzas al cuello, "Pañuelo Negro" abandonaba el lujoso palacio, donde cinco muertes, marcados con la señal justiciera, proclamarían al siguiente día que en su segunda actuación "Pañuelo Negro" había sido implacable.

Y que también, por la muerte, de un embajador, "Pañuelo Negro" convertíase de pronto en reo de alto, delito, penado con infamante muerte.

La noche estrellada parecía dedicar benévolos guiños, al grupo formado por un jinete conduciendo tras su caballo, otro sobre el cual un hombre demostraba la absoluta carencia de sentidos.

Internó "Pañuelo Negro" los caballos por la arboleda. Y desde la silla, volvió a levantar el tricornio del desvanecido para contemplar el improvisado vendaje que, mojado en vino, había detenido la sangre que manaba de la herida causada por las sortijas del veneciano.

Un pañuelo negro de encajes sostenía el vendaje...

Diego Lucientes removióse. "Pañuelo Negro" colocó el tricornio de nuevo en su lugar y su, caballo obedeció la muda orden de los tacones.

Alejóse la negra silueta de rostro cubierto de tupidos encajes.

Diego Lucientes abrazó con más fuerza el cuello de su caballo. Iba recuperando los sentidos.

El caballo siguió dócilmente al que a distancia iba trotando hacia la mansión del “coronel Lezama”.

El traqueteo del trote, fue despejando a medias al pelirrojo, que debilitado por la sangre, perdida, pero jinete avezado a tales percances, trató de afianzarse en la silla, interpretando erróneamente su bamboleo.

—¡Re...pám...panos! — murmuró, con la lengua estropajosa—. ¡Qué repugnan...te cogor...cogorza! Vergon.. zoso, Dieguito... ¡Qué papa... papalina!

Y seguía musitando reproches a su supuesta borrachera, cuando el caballo, a escasos metros de la casa del Pirata Negro, se detuvo, porque ya no había ni sombra ni vestigio del que antes trotaba delante de él.

Lucio Agudo, a quien aquella noche correspondía el segundo turno de vigilancia, en espera de Diego Lucientes, estaba por los alrededores en evitación de que los soldados del Tercer Tercio, en la simbólica guardia de honor, pudieran ver algo extraño.

Y lo celebró, cuando creyendo también ebrio al jinete, cogió de las riendas al caballo y lo hizo entrar por la puerta trasera. Y casi con delicadeza arropó al hombre, quitándole solamente la flotante ropa negra y el antifaz, prendas que tras cerrar la puerta de la alcoba, quemó escrupulosamente en la hoguera de la cocina.

—Ropa y pañuelo ya encontrará— dijo, a modo de comentario a la incineración—. Lo esencial es el valor, la maña y los reaños... ¡Y los tres le sobran a “Pañuelo Negro”!

Capítulo VIII

Un hombre abrumado

Un centauro mitológico y una amazona bellísima, trotaban riendo en persecución erótica. Ella reía y el centauro maldecía sus patas delanteras que sólo sabían trotar sin poder pasar a avasallador galope.

Distanciábase la amazona, que tenía picaras risas incitantes. El centauro, asiéndose el tricornio con las patas delanteras, pugnaba por quitárselo.

Aquel tricornio le apretaba como un círculo de.hierro torturador. El durmiente, debatiéndose con la pesadilla, intentaba en vano quitarse el tricornio.

Y despertóse Lucientes, porque su boca reseca, el dolor de cabeza, y una subconsciente inquietud, le atormentaban.

A tientas en la obscura alcoba, por donde se insinuaba tímidamente el fulgor exterior del sol, intentando atravesar las cortinas, anduvo tambaleándose Lucientes hasta que sus manos rozaron un mueble.

Su diestra acostumbrada, encontró la botella de "cordial". Bebió ansiosamente con creciente placer.

Y desmadejado, con flojera en las piernas, aproximóse a las ventana, descorriendo cortinas y abriendo las compuertas.

La frescura de una brisa mañanera, le fue despejando.

Contemplóse extrañado. Estaba enteramente vestido... y sobre su cabeza, el tricornio encasquetado, era el círculo que se le antojaba de hierro torturador.

—¡Valiente borracho!—gruñó, irritado—. ¿Dónde la pillé? ¡Córcholis! ¿Qué bebí que se me hinchó la cabeza?—fue diciéndose, mientras tras esfuerzos redoblados lograba casi arrancarse el

tricornio, como si extirpara algo pegajoso—. ¡Uahhh!— suspiró algo aliviado.

De pronto, asombrado, palpóse la hinchada coronilla. Dirigióse hacia un espejo y se estuvo contemplando con cara atontada.

Entre sus dedos había un pañuelo negro, con motas rojas de sangre. Hundió el rostro en una jofaina repleta de agua. Y mientras resoplaba hundiendo y sacando la cara, fue recordando vagamente...

Su última noción concreta, le reproducía su persona increpando al italiano. Pero estaba él atado y los “bravi” habíanse marchado. Dos de ellos a buscar un oficial y soldados de la guardia del virrey.

¿Cómo estaba libre y en su alcoba? ¿Qué era el vendaje que rodeaba la parte alta de su cabeza? ¿Y aquel pañuelo negro? ¿Quién le había traído?

Abrumado, dejóse caer sentado en la cama. Sobresaltóse al oír unas llamadas en la puerta.

—¡Avante quien sea! — exclamó, dispuesto a lo que fuera con tal de saber a qué atenerse.

La exclamación le produjo agujetas en la coronilla dolorida. Penetró Lucio Agudo, llevando bandeja con tazón de humeante café.

—Buenos días, señor Lucientes. Esto os repondrá. Estuve esperando oír ruido y cuando abristeis las ventanas, preparé el café. Os sentará bien.

—Me sentará... Pero sentado estoy, esperando me digas qué ha sucedido.

—Nadie os, vio. Nadie sabe nada. Estamos juramentados. No sé nada de nada.

—¡Caspa! Tanta discreción me mata. Hay límites, “Rucio”. ¿Quién me trajo aquí?

—Yo mismo, señor Lucientes. Sólo yo os vi. Nadie más... Creo que veníais un poco en uvas... ¡No!... ¡Es herida!

—Calla, “Rucio”, que a cada voz me levantas la sesera. Veamos si me entiendo. Tú me recibiste... ¿cómo?

—Por el aquello de los soldados, daba yo vueltas por fuera. Vi vuestro caballo detenido, a eso de las dos. Vos mal montado, decíais cosas de vino. Os quité... las ropas negras que he quemado... y os metí en la cama. No sé más. Estamos juramentados.

—Gracias. Lo cierto es que nada sabemos.

—Ahora, con vuestro permiso, voy a acostarme, que estoy rendido.

Cuando con mirada que rebosaba admiración y discreto expresar de saber compartir un secreto, se retiró el pirata, Diego Lucientes dedicóse a apurar el café, que le fue reanimando.

Y mientras, con vinagre, iba curándose la herida de la coronilla, bastante extensa, sostenía consigo mismo un monólogo:

—Yo estaba atado y el sapo oyéndome. Y, de pronto, con la coronilla vendada y cubierta por un pañuelo negro, estoy a caballo según dice el buen “Rucio”... La única evidencia es que me han cascado la calabaza pero pronto pasará. Lo que quiero yo saber es quién me explicará lo que a mí me ha pasado. ¿Quién?.. ¡Maese “Hurón”!

Agitadamente, intentó colocarse el tricornio, pero fracasando, eligió un chambergo, y poco después, partía a caballo hacia la casa donde se imprimía “La Voz del Hurón”. Iba al paso, porque el galope y aún el trote de su montura, habrían repercutido dolorosamente en su cabeza.

Alfredo Huarte, al verle entrar, miróle casi con expresión de reproche.

—Tarde es, don Diego. Y hay noticias sensacionales, que bien merecerán una crónica vuestra. ¡Vos habéis sido el impulso vengador!

—¿Eh?—murmuró, alarmado, Lucientes.

—¡Sí! Vos, con las crónicas de “Genoveva Lirio”, habéis logrado que este misterioso “Pañuelo Negro” vengara lo que la justicia humana estaba incapacitada para realizar. ¡El repulsivo Giacomo Morosini y sus cuatro asesinos, han sido muertos esta noche!

—¡Rayos y centellas! ¡Estamos aviados! — exclamó, abrumado, Lucientes.

Alfredo Huarte miróle ahombrado.

—¿No os alegra la noticia?

—Sí... Cuando me entere de los detalles. ¿Quién apechuga con esos cinco fiambres italianos?

—¡La marca! ¡“Pañuelo Negro”! ¿Os duele la cabeza?

—Horrores. Me iré a sentar. Y leeré con sumo agrado lo que escribáis sobre este asunto.

Agitó Huarte con amable reproche la mano.

—Seguramente esta noche habéis trasnochado. Tenéis cara ojerosa, don Diego.

—Y más que la tendré...

Mejor que sentarse, desplomóse Lucientes en su silla, tras la mesa donde componía las crónicas.

Casi sintió alivio al ver cuadrarse ante él a un oficial, con la banda de la guardia personal del virrey,

—Buenos días, caballero. Tengo orden de comunicaros que hoy, a las doce y media en punto, os dignéis en compañía del conde Ferblanc, comparecer ante el excelentísimo señor Virrey.

—Sin falta acudiré, señor oficial. Quedo enterado.

—Tened, a bien firmar la presente comunicación, como testimonio de quedar enterado.

Firmó Lucientes y apenas húbose marchado el oficial, preguntó a un cercano operario, que manipulaba bloques entintados:

—¿Qué hora es?

—Diez minutos para las doce

Calculó Lucientes que le quedaban cuarenta minutos de tiempo, para alejarse lo más posible de Latacunga, virreyes y verdugos.

Salió y montaba ya a caballo, cuando respingó al divisar al jinete que se aproximaba.

Puso su caballo al trote, como si no hubiera visto a aquél. Imprecó mentalmente, cuando a su lado, el jinete emparejó su montura.

—Hola — saludó, secamente, Lezama.

—Hola.

—¿A dónde ibas?

—A despejarme un poco.

—¿Sí? Quizá te haga falta. Resulta muy curioso que apenas has recibido la invitación del virrey montes a caballo, camino del litoral. Porque esta calle no lleva ni al palacio del virrey, ni a casa.

—Siempre tan desconfiado — intentó sonreír Lucientes.

—¡A otro! Digo que a otro perro con ese hueso. Tienes cara de apabullado, cosa rara en ti. ¡Estás abrumado! ¡Confiésalo!

—¿Yo? ¿Por qué?

Te largabas. Tú también ves que os mucha coincidencia que “Genoveva Lirio” señale al embajador como buena víctima para

"Pañuelo Negro", y esta noche el embajador y sus cuatro escoltas, hayan muerto, marcados primero en la mejilla con los tres trazos y adornándose en coquetería involuntaria y postrera con sendos pañuelos de encajes negros.

—¿Qué... diablos tiene que ver eso con "Genoveva"?

—Has hecho el lirio y mal te veo.

—Yo... dormí angelicalmente toda la noche. Testigos tengo, porque hasta las tres estuve en la bodega...

—Atiende, Diego Lucientes, Si te sentiste desfacedor de entuertos y jugaste a ser bandido enmascarado, allá tú y nada te reprocho. Pica espuelas y métete en el "Aquilón", que ya iré yo a entendérmelas con el virrey. ¡Pero ni quiero ni aguanto que me tomes a mí por chirigota! Me estás mintiendo..., y eso no es digno de nuestra amistad.

—¡Córcholis!... Si lo tomas así, ni huyo ni miento. Tú no eres mi nodriza. Sí... Me largaba, porque estoy aturrullado.

Y fue explicando Lucientes detalladamente cuanto sucedió desde que pensó en suplantar al misterioso "Pañuelo Negro", hasta que despertó, hinchada la cabeza bajo el encasquetado tricornio.

—...y no les tomes en cuenta el juramento a los muchachos. Yo soy el culpable.

—A ellos nada he de decirles. Pero, ¡voto a cien mil pares de bombardas! ¡Líos, líos y siempre líos! No te basta con armar zapatiesta por doquier vas como Diego Lucientes, sino que, no bastándote "Genoveva Lirio", quisiste ser "Pañuelo 'Negro". ¿Y es arreglo el huir? Vienes a ver al virrey y le repetirás cuanto acabas de decirme, ce por be. ¿Está claro?

—¡Ahora soy yo el que quiere saber quién mil demonios es "Pañuelo Negro"!

—Los dos..., y todos abundamos en el mismo deseo.

Hizo dar vuelta Lezama a su caballo. En pos de él, cabizbajo y abrumado, iba Diego Lucientes.

—Oye, hidalgo... ¡Caramba! No me apabulles más con tu silencio. Yo, de veras, quise contentar a Consuelo Alvarado, porque es buena y soñadora. ¿Qué diantres sabía que "Pañuelo Negro" haría caso de la crónica?

—Lo que me revienta, es que antes te reías divirtiéndote en intrigarme, cuando te preguntaba si eras tú el quijote con encajes. Y

estabas tratando de mentirme.

—Pero has visto que no lo he sabido hacer, hidalgo. Vaya..., no seas cascarrabias. Necesito tu ayuda. Eres mi nodriza, mi padre, mi amigo, mi hermano. Los dos buscaremos a “Pañuelo Negro”... para felicitarle y quedar tranquilos.

—¿Tranquilos?

—Verás... Yo estaba atado. Seguramente el Morosini me atizó puñetazo, y sus anillos me rajaron el “coco”. La herida no me permitió desatarme, tumbar a cuatro espadachines, patear a un embajador y largarme. Por le tanto, deduzco..., por el pañuelo negro que tenía en el vendaje, que el misterioso me salvó. ¿Quién tiene interés en salvarme?.. ¡Tú!

—¡Mentecato! — murmuró Lezama, airado—. Yo no soy “Pañuelo Negro”. Hora es ya de aclarar. “Pañuelo Negro” puede ser, y seguramente es, alguien allegado a nosotros, que, atendiendo a tu indicación de de la crónica, ha intentado alejar sospechas eliminando a Morosini. Este pañuelo negro se trae un juego peligrosísimo. De una vez por todas..., ¡ni igual que ahora te creo, créeme! ¡Yo no soy “Pañuelo Negro”!

—Dos menos, pues ¿Quién demontres será ese tal?

—Tarde o temprano lo sabré. Ahora, al grano. Nos espera el excelentísimo señor, virrey.

* * *

Renato Pereña, marqués de Alvear y virrey de Nueva Granada, celebró que la ausencia del almirante Diéguez, en breve viaje, le permitiera recibir a solas al conde Ferblanc y a Diego Lucientes.

Juan Diéguez era acérrimo defensor de los dos piratas antiguos. A solas con ellos, sentíase el virrey más libre de acción.

Otra cosa le atosigaba. Su hija... Juana, veinte años imaginativos, minando con románticos bandoleros audaces, que la raptaban, leyendo historias de aventureros y piratas...

Y todo, desde la aparición en Latacunga del conde Ferblanc y su peligrosa familia...

—¡El señor coronel Lezama!—anunció el chambelán—, ¡Él caballero Diego Lucientes!

Tras los saludos, el virrey abordó el espinoso asunto.

—Esta noche, señores, en su residencia personal, el embajador de Venecia y cuatro de sus servidores han hallado la muerte, en

forma misteriosa, por desconocerse la identidad del autor, pero clara por las señales. Es la segunda actuación del bandido al que todos apodan ya “Pañuelo Negro”. Hago hincapié en qué recientemente anuncié que debíamos aunar nuestros esfuerzos para desenmascarar al desconocido. Advertí que sospechaba de un miembro de vuestra familia, conde Ferblanc. Más concretamente, os advertí, señor Lucientes que sospechaba de vos. Ahora, para corroborar mis sospechas, reúnese en lo sucedido esta noche la coincidencia de la reciente crónica de “Genoveva Lirio”, que casi incitaba al misterioso bandido a rengar ofensas cometidas per quien era huésped nuestro y representante de Estado extranjero. Debo divagar si me remonto a la aureola que os rodea, señores. Hay temperamentos imaginativos, que abundan, que os consideran a ambos paladines de buenas causas, luchando a riesgo propio, he creído en vuestra palabra, conde Ferblanc, de que no sois “Pañuelo Negro”. Me ratifico en ello, y si os he llamado ha sido tan sólo porque estimo que vuestra presencia hará desistir a vuestro amigo de continuar en su actitud de constante diversión ante las cosas más. serias.

—Gracias, excelentísimo señor, por vuestra confianza en mi palabra. Y por lo que respecta a mi amigo, éste, respetuosamente, se franqueará, relatando cuanto hizo anoche.

Diego Lucientes relató minuciosamente su odisea..

—Reconocéis que, entre el tiempo que os recordáis atado y a solas con el embajador, y el momento en que despertasteis, nada sabéis de lo Sucedido.

—Así es, señor virrey.

—La herida la pudisteis recibir en lucha, y seguir luchando.

—Posible, pero resultaría imposible en tales condiciones, no ya poner fuera de combate a cinco hombres, sino marcaros con saña que exige pulso en completo dominio de facultades. Yo, señor virrey, salvo vuestra mejor opinión, creo que me quitó el sentido un puñetazo del embajador, cuyos gruesos anillos triplicaban la contundencia del golpe. Mientras duró mi inconsciencia completa, debió acudir el legítimo “Pañuelo Negro”, actuar y salvarme. Así deduzco.

—Dados a deducir, tampoco sería descarriado suponer que vos, caballero, actuáis en complicidad con el bandido. No ya por las

crónicas, sino por lo sucedido esta noche.

—Si así fuera, no acudiría a crónicas que todos leen. Y tened por seguro que no estaría ahora aquí, ya que conozco sobradamente el castigo otorgado graciosamente a quien hiere a diplomático extranjero.

—Quiero creer en vuestra sinceridad, porque muchos reproches os pudiera hacer, pero no el de mentir mezquinamente. De todos modos, y dado que el rumor popular mezcla vuestra familia con la aparición de "Pañuelo Negro", debo, conde Ferblanc, advertiros que he dispuesto medidas tajantes para terminar enseguida con este bandido. No toleraré por más tiempo que campe libremente un enmascarado que con tanta insolencia desafía toda autoridad. He enviado instrucciones a maese Huarte para que con toda severidad haga saber mis decisiones, por lo que a "Pañuelo Negro" respecta. Señores, os quedo agradecida a vuestra visita. Y antes de que os marchéis, permitidme, coronel Ferblanc, que os felicite sinceramente por vuestra competencia como jefe del Tercer Tercio.

En la amplia avenida, fuera ya da los jardines y parqués que rodeaban la espléndida residencia palaciega, Diego Lucientes, bota contra bota del Pirata Negro, comentó:

—Tú y yo eliminados, ¿quiénes quedan?

—El espíritu aventurero es universal.

—No... "Pañuelo Negro" es uno de los nuestros. Tu hijo y mi hija, por la educación recibida, tienen ese fondo inquieto, que inesperadamente nos lanza a aventuras.

—Se aman y están ocupadla irnos. Les sobra con el amor.

—Primera aparición de "Pañuelo Negro": vengó tu paciente serenidad. La segunda aparición es lógica consecuencia de la primera, para intentar apartar sospechas de nosotros.

—Tú y yo, por sexto sentido de presentimiento, que hemos desarrollado a lo largo de múltiples incidencias, tenemos la absoluta convicción de que "Pañuelo Negro" es allegado nuestro. Es femenina su actuación: encajes, sutilidad de marca, y juvenil, por imprudencia. Lo siento, don Diego, pero vigilaré a tu hija.

—Lo siento, don Carlos, pero vigilaré a tu hijo.

Rieron ambos a la vez, después de mirarse ceñudos unos instantes.

—¿Vigilar o actuar de guardaespaldas para impedir que nuestros

peligrosas retoños corran el albur de entendérselas con el verdugo? Has oído al virrey. Ha dictado severas instrucciones..., que estarán empapando en sudores a maese Huarte.

Y era cierto. A poca distancia de la morada del coronel Lezama, Alfredo Huarte, esperando, esponjábase de continuo el sudor que rezumaba su rostro.

—Hola, maese—saludó, cordial, el Pirata Negro, mientras Lucientes guiñaba, divertido—. ¿Tenéis calor?

—¡Mucho, señor conde!—baló el gacetillero.

—Pasad con nosotros a tomar un refresco.

—Muy agradecido, pero tengo urgente trabajo.

—¿Cazar mariposas o inspiraros en la contemplación de la Naturaleza?

—Es grave, señor conde. Yo no sé cómo empezar...

—¡Duro y a la cabeza, sin temor, que por muy valiente os tengo!

—Es el caso que el virrey me ha enviado instrucciones severas. Yo quiero hacer constar que todas mis simpatías están al lado del llamado "Pañuelo Negro", pero mi deber...

—No debáis nunca nada, que quien paga sus deudas se enriquece. Cumplid. Y haréis lo que debéis. Y decidnos: ¿qué tal son esas instrucciones?

—Una de ellas se hará impopular y a la vez es sagaz. Pesa más la supresión de un vicio, que la recompensa a una virtud. El virrey, aun, o quizá por conocer la desmesurada afición colonial a los bailes y jolgorios de máscaras, decreta que, en tanto no sea capturado "Pañuelo Negro" queda rigurosamente prohibido el uso de disfraces y antifaces. Impone a los infractores, si son varones, pena de un año de galeras, y si son damas, encarcelamiento, además de crecida sanción proporcional a los bienes.

—¡Repámpanos! Esto acarreará antipatía contra el simpático "Pañuelo Negro". Se acabaron las facilidades para que casados y fáciles virtudes se juergueen protegidos por trapos. ¿Qué más?

—Cien onzas de oro al menor indicio que permita conocer la identidad de "Pañuelo Negro". Mil de mismas, al que dé informes que permitan su captura.

—El oro pesa mucho.

—Y quien dé amparo, refugio o encubra a "Pañuelo Negro", sufrirá el mismo castigo que ese. A saber: mutilación de mano

derecha, hierro candente...

—...y trizas, por todos lados—terminó Lucientes—. Hermoso panorama para el que se suene con encajes negros.

—Yo, señores..., no hago gran caso de rumores, pero... sus señorías son de temple tan especial, que, riéndose de todo, pues... pierden, por nobleza aventurera, correr a una perdición que...

—Frenad la lengua, maese—atajó Lezama—. No temáis por nosotros, que usamos pañuelos grandes y blancos... desde que somos gente decente. Por cierto—y Lezama miró, fingiendo sospecha, al hombrecillo—: ¿qué garantía tenemos de que no sois vos ese quijote?

—¿Yo?—gimió, en el colmo del estupor, el gacetillero—. Pero... ¡si no sé coger una espada! Bromeáis, señor conde.

—Todo es broma... hasta que el verdugo no interviene. Id tranquilo, maese, que por cierto tengo que ninguno de nosotros es "Pañuelo Negro".

En el jardín, Gabriela Lucientes y Cheij Khan hacía ya rato que mirábanse absortos, pero no por arrobo amoroso, sino por mutuo recelo.

—También tú llenes extraña mirada. Y estábamos hablando de "Pañuelo Negro" —dijo Cheij.

—Es que... temo que seas tú, Cheij.

—¡No!...

—Es lógico que lo niegues... Pero cuando dos seres se quieren, la entrega es completa, sin secretos.

—No seas absurda, Gaby. Yo le he dicho a mi padre que no soy "Pañuelo Negro".

—Claro...

—¿Osas decir que miento a mi padre?

—No. no...

—¡Ah!

—¿Por qué me miras así?

—También tú... podrías ser... ¡Vamos a olvidarlo, Gaby! Mi padre ya resolverá esto,

Y el hombre que empezaba a añorar los libres tiempos en que llevaba el timón de su velero, reunió después del almuerzo a "su familia".

—Oído claro y mente despejada, familia. Formamos una tribu

unida. Todos nos profesamos un ciego afecto. Tengo nostalgias del tiempo en que navegaba, con pabellón libre, porque todo era claro y el mismo temporal se veía venir. Ahora, en que debo respetar muchas leyes, no logro imponer mi ley. De todos nosotros, hay uno que es un taimado personajillo, que juega a redentor. Ha sido un juego gallardo, y le felicito. ¡Pero acabose el juego! Desde hoy “Pañuelo Negro” es un forajido, un “fuera de la Ley”, un acosado. Compromete la paz de nuestro hogar. Aun es tiempo. Quien sea, tiene a bordo del “Aquilón” seguro refugio. No quiero que recelos y sospechas enturbien la placidez de este hogar. Invito gentilmente á “Pañuelo Negro” a desenmascararse rompiendo su silencio.

Aguardó Lezama unos instantes, pero cuantos le oían quedaron en silencio e inmóviles.

—Es indecoroso que a mi me juegue “Pañuelo Negro” esta deslealtad. No merezco este trato. >

Intervino Mireya:

—“Pañuelo Negro” no está entre nosotros, cuando no ha replicado ya noblemente a tu noble invitación.

—Eso quisiera creer. Mireya. Pero me he vuelto como Santo Tomás, y nada tengo de santo. Cuando vea personalmente el rostro del encubierto con negros encajes, entonces sabré quién es. Podéis cada uno hacer lo que tengáis de hacer. Sigue, pues, el estado ele recelo.

✲ ✲ ✲

A las seis de la farde, ya obscurecido, entró Lucientes en la larga sala, desierta entonces, donde publicábase La Voz del Hurón.

Era la hora preferida por el madrileño. Tanto maese Huarte como los demás colaboradores y menestrales, tomaban de seis a ocho como reposo y tiempo de cena.

En el fondo de la sala, una silueta femenina causó en Lucientes una extraña sensación no experimentada desde sus juveniles años. Hallóse repentinamente con la boca reseca, como cuando aguardaba cita de primeros amores.

Pero aunque bonita era, Maruxa Lesqueira causó en Lucientes una desilusión, porque esperaba ver a Consuelo Alvarado.

—Buenas tardes, “Cascabel”.

—Anochecido es ya, don Diego. Vengo a despedirme de vos, que fuisteis amable conmigo.

—Anochecida queda eternamente la ciudad al irse tan radiante luz. —Tengo una generosa oferta para visitar Panamá y las Antillas. Además..., os confieso que temo a “Pañuelo Negro”.

—Mal hacéis. El tal es galante, y ningún daño os causaría.

—Quizá... Cheij me habría podido retener, pero han sido inútiles cuantos mensajes le he enviado. ¿Sabéis la imperdonable grosería de que me ha hecho objeto?

—No.

—Al pie de cada uno de mis mensajes, que me han sido devueltos, vuestra hija escribió: “A repicar a otra parte, “Cascabel”. Y bajo el último, y firmado por el conde Ferblanc..., leed, vos mismo.

Dominando sus deseos de reír, leyó Lucientes:

> “Estimada damita:
>
> "Excusad la falta de galantería de mi hijo, que por amor y por filial afecto no quiso guardar secreto vuestro afán de compartir mutua afición al baile. Sois bonita, sois inteligente y el mundo os sonríe.
>
> "Perdonadme mis gruñidos, y dignaos aceptar mi agradecimiento, ya que vuestra estancia en Latacunga ha reafirmado los sólidos lazos que unirán a la señorita Lucientes y a mi hijo. Soy pueril, pero me complace recalcar que mi hijo tiene sólida cabeza, que ha sabido resistir el efluvio de vuestros encantos.
>
> ”Beso vuestra mano,
>
> "Carlos Lezama.”

—Un compendio de finura—comentó Lucientes—. Y antes que se me olvide. Prometisteis hacerme conocer al tahonero, que os aseguró que sabía quién era “Pañuelo Negro”.

—Me voy, pero antes, habiendo encontrado por casualidad en mi camino al buhonero, le he dicho que a estas horas os visitase, y podríais recompensarle muy bien. Os lo describiré: es alto, fuerte, viril, de gallarda planta, ojos verdes, negro cabello corto, crespo y ensortijado, curta barba y fino bigote rizosos también.

—Un verdadero héroe romántico.

—Cierto. De no haber sido un buhonero, me habría enamorado de él. Pero... la vida me ha enseñado... que hay que administrar el corazón. Adiós o hasta la vista, don Diego. Conservo un buen recuerdo vuestro.

—Y yo, la nostalgia de lo que pudo ser, de haber sido yo un gallardo joven de verdes ojos, no siendo buhonero.

Inclinóse Lucientes, besando la diestra de la bailarina, que con paso alado y acompañada por él, encaminóse a la puerta. Poco después, desde la ventanilla de su carroza, que alejaba, ella ondeó la mano en ademán de despedida.

Suspirando entró, de nuevo Lucientes, para sentarse tras su mesa.

—¿Os importuno, señor?

—¡Nunca, Consuelo! Sentaos, por favor.

—¿Estabais trabajando en alguna de vuestras graciosas crónicas? — inquirió ella, sentándose.

Diego Lucientes contempló arrobado el semblante de Consuelo Alvarado, y ella fue la que ahora más acentuado su sonrojo, musitó:

—Pobre palabra la que todos empleamos para manifestar nuestra inmensa, gratitud. Vos, señor Lucientes, por mí... habéis desafiado al virrey... Por mí... corréis peligro. Todo el día he estado anhelando que llegase esto momento...

—Y yo, con toda mi alma.

—Sois virilmente romántico, señor. Desafiáis muerte cruel par un simple ruego de mujer.

—Mil vidas quisiera ofrendar a vuestro ruego.

—¿Cómo puedo..., qué merced queréis pedirme? Mi hermana ha sido vengada. Yo, ante el crucifijo, he jurado que lo que me pidierais os concedería.

—Juramento imprudente.

—Vos no pediréis sino lo que un caballero como “Pañuelo Negro” pediría,

Diego Lucientes, de habitual facilidad de palabra, estaba redondeando la frase que encubriera la máxima: “En lides de amor y guerra, todo es lícito”.

Quería decir que si había actuado dando muerte al embajador y sus sicarios, usurpando la personalidad del verdadero “Pañuelo Negro”, era porque deseaba como recompensa la mano de ella, la

mujer que le había inspirado amor…

—Y es de mi propia opinión Genaro—añadió ella.

Sintió Lucientes un repentino dolor agudizado, en mis sienes. ¿Genaro?.. No tenía hermanos. Y a un padre no se lo llama por el nombre de pila.

Con un esfuerzo férreo, procuró que su en fonación fuera banal, al decir:

—¿Genaro?

—MI prometido.

—Ah…—Y la diestra de Lucientes crispóse para estrujar la hoja recién escrita. —Ignoraba que estuvierais prometida.

—Hace dos años. Nos casaremos, Dios mediante, el próximo mes.

La desilusión irritó al madrileño.

—Bien, bien… ¿Y Genaro no podía charlar a solas con el embajador?

—Bien sabéis que era imposible… Corría un infinito riesgo…

—“Pañuelo Negro”, ¿no?

—Vos, es distinto. Sois hombre de lucha y aventura, galante por generosidad.

—Creo que nos hemos equivocado mutuamente, Consuelo. En lo que hemos coincidido es en ser imprudentes. Yo, por fingir ser “Pañuelo Negro”, para dármelas de tunante, y vos, por jurar ante un crucifijo, lo que os puede poner en un brete. Suponed por un instante que yo os dijera que os amo… No cerréis los ojos. Mantenedlos bien abiertos. Suponed que os pidiera que fuerais mi esposa. Y que Genaro, si no supo arriesgarse, que corra el riesgo de perder su tesoro. ¿Qué me contestaríais?

—Juré, y cumpliría, señor. Pero vos no podéis… Vos…

—Hay lágrimas en vuestros ojos. Soy algo cruel, pero quizá sea ruindad, porque también quizá hay lágrimas de esas que no se ven y que duelen más en mi alma. Suponed que me hice la ilusión de que vos podíais ser mi ideal…

Levantóse ella, e impulsivamente, cuando ya estaba alejándose, melancólica la mirada, dio media vuelta, y, corriendo, inclinóse para besar en la frente al pelirrojo.

—Adiós, Diego Lucientes. ¡Sois un caballero y nunca os olvidaré!

—¡Bah!… Soñadora que sois.

—Pudisteis exigirme ser vuestra esposa… Me queréis… y os sacrificáis.

—No tal. Amores a la fuerza, nunca quise. Adiós, señorita Alvarado.

Estuvo unos instantes pensativo… Después, su amable ironía, que se imponía, como paliativo paría soportar bien humorado la infinita tragicomedia humana, le obligó a murmurar:

—¿Y si le soplara la dama a Genaro? Dieguito, eres un canallita… Marchitas el aroma de una desilusión insipiente, con truhanería que no merece tu inspiradora. ¡Tate!… ¿Es esto la feria del tío Cuchipanda?

Su observación iba dirigida a un hombre que avanzaba con paso ágil.

Era alto, fuerte, de blanca sonrisa destacándose entre la piel bronceada, los rojos labios y el negro cabello ensortijado del fino bigote y la corta barba.

Tenía el elástico andar de un felino o de un zíngaro, pensó Lucientes.

Vestía calzas de marino, altas botas. Ceñía su estrecha cintura una ancha faja roja de seda.

El amplio tórax hinchaba una blanca camisa de seda. De la oreja diestra pendía un arete de oro.

Los verdes ojos, grandes y de felino resplandor, miraban sonrientes al madrileño.

Y Lucientes reconoció de pronto al buhonero de que le habló Maruxa Lesqueira.

—Hola, amigo—dijo Lucientes, cordialmente.

Ignoraba por qué, pero le era simpático el desconocido. Pensó que quizá debíase a que tenía aspecto de pirata romántico…

—Hola, amigo—replicó el recién llegado, con jovialidad

—Sentado estoy, amigo.

—Me siento, pues, amigo.

Y el nuevo personaje, alzando una pierna, la pasó por encima del respaldo del sillón, quedando sentado.

—Eres el buhonero.

—Lo era.

—¿Cómo?

—Acabé la mercancía.

—Me llamo Diego Lucientes.

—Frasco Zarzales.

—¡Vaya!... Eso del Frasco me ha gustado.

—Frasco, es Francisco. Mi tierra es la sevillana, pero la perdí de vista a los siete años, para recorrer inundo, montado en el mulo que conducía a lomos las baratijas que mi padre vendía de mercado en mercado.

—Bienvenido, Frasco Zarzales.

—Bienhallado, Diego Lucientes. Te conozco.

—¿A mí? Mucho mundo he andado, pero no te recuerdo, y tienes traza que no despinta.

—Te conozco de oídas. Y de vistas... acabo de ver salir una tras otra a dos lindas. La mejor creación del mundo: ¡la mujer!

—De acuerdo... Bueno, no era precisamente para eso para lo que estaba esperando tu visita. Según afirma "Cascabel", presenciaste la primera actuación de "Pañuelo Negro" y diste a entender que lo conocías. ¿Era baladronada de hombre ante la curiosa Eva?

—¿Tú qué opinas?

—¡Repámpanos!... ¿Vamos a jugar a los acertijos? Ese dichoso "Pañuelo Negro" me trae de coronilla. Y no es símil, que mira cómo tengo mi calabaza.

—Oí el golpe. Te lo atizó Morosini.

—¿Eh? ¡Tú eres "Pañuelo Negro"!

—¿Dije yo tal cosa?

—Buen oro para... Perdona, Frasco Zarzales. Ni tú ni yo somos delatores. Han brillado tus ojos y debes ser mal enemigo. Oye, te conozco de hace minutos, y estoy como en mi salsa. ¡Que sé jeringue el virrey! Pero... ¡sacia mi curiosidad! ¿Eres tú "Pañuelo Negro"?

—Todo a su tiempo, Diego Lucientes. Debemos conocernos mejor. ¿Conoces tú a la hija del virrey?

—No—replicó, extrañado, Lucientes.

—Es divina... Yo soy un vagabundo, y ella una encopetada damita. Tú eres muy ducho en aconsejar a los demás. Ayúdame y te ayudaré. Dime algo que me permita llegar hasta el corazón de la hija del virrey, y, sabrás quién es "Pañuelo Negro", y la revelación te hará abrir la boca hasta desquiciarte las mandíbulas.

—¿Conozco yo a "Pañuelo Negro"?

—Sí.

—¿Es familiar del hidalgo Lezama?

—Sí.

—¡Mil rayos! ¡Considera ya que estás incrustado en el corazón de la hija del virrey! Costará poco, dada tu estampa. A cambio… ¡tengo tu palabra de que me dirás quién es “Pañuelo Negro”!